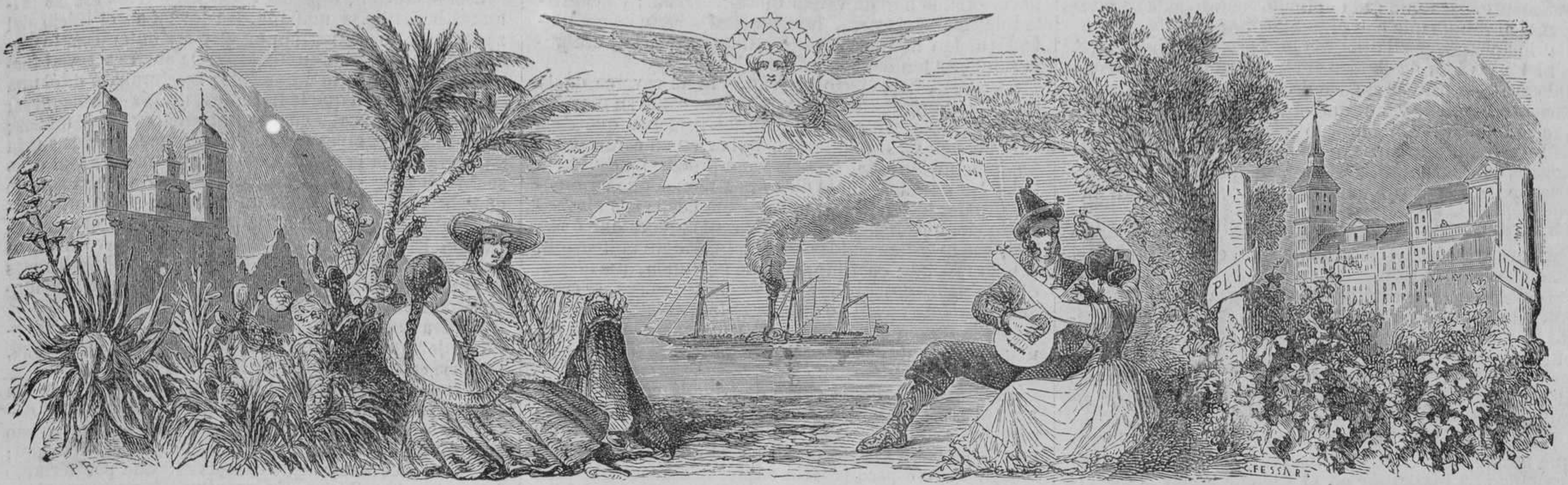


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administración general, passage Saulnier núm. 4, en Paris.

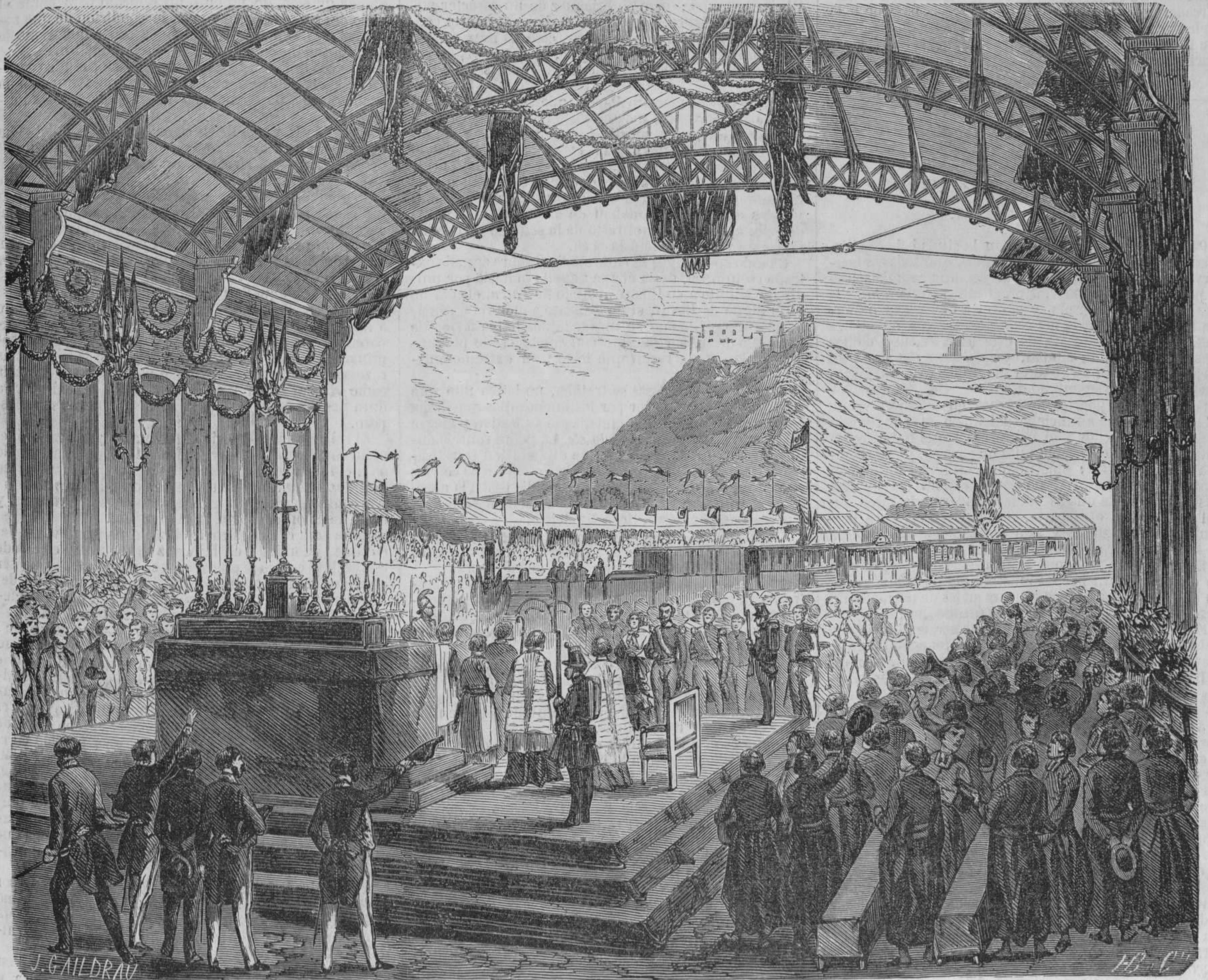
AÑO 17. — N° 296.

## SUMARIO.

Llegada de SS. MM. al embarcadero del ferro-carril de Cherburgo; grabado. — Estudios recreativos. — Población de la tierra. — El campamento de los convidados á las fiestas de Cherburgo; grabados. — Llegada

y recepción de la reina Victoria á Cherburgo; grabados. — Revista de Paris. — Presentación y recepción de los dramas en Grecia. — Inmersión del dique y varada de la Ville-de-Nantes; grabados. — La feria de las vanidades. — Inauguración de la estatua de Napoleón I; grabado. — Dormitorio de la emperatriz á bordo

de la Bretagne; grabado. — El canastillo regalado por la ciudad de Caen; grabado. — El teatro del embarcadero de Cherburgo; grabado. — Filosofía. — Revista de la moda. — Fragmentos de un viaje; grabado. — Medalla conmemorativa de las fiestas de Cherburgo; grabado.



LLEGADA DE SS. MM. EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ AL EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL DE CHERBURGO, EL 4 DE AGOSTO DE 1858.



hora vendria con sus amigos, el sochantre y el barbero, para poner en práctica lo que tenia proyectado.

Las primeras campanadas de la *Queda*, misterioso y lúgubre anuncio del silencio de las altas horas de la noche, resonaban en la Giralda; á su tañido, las calles se quedaban oscuras y desiertas, y solo se veía de cuando en cuando atravesar algún embozado, que á toda prisa iba en busca de su hogar, si ya no era un enamorado mancebo, que con el corazon henchido de ilusiones, se dirigia hácia la reja en que le aguardaba su dama. En la época á que nos referimos pocas personas se atrevian á estar fuera de su casa á las diez de una noche de invierno; y las que por casualidad y sin un poderoso motivo se hallaban fuera de ella á tal hora, corrían á buscarla presurosas á las primeras campanadas de la *Queda*; de modo que solo quedaban en la calle los enamorados y los malhechores; temibles á veces los primeros tanto como los segundos, por el prurito de impedir caprichosamente el paso á los que transitaban, sin otro objeto que el de lucir su valor y su osadía delante de la señora de sus pensamientos, ofreciéndole como un tributo la humillación del que volvía atrás por evitar la pendencia, ó el peligro de medir sus armas con él en medio de la calle.

La de Gallegos, que como ya hemos dicho se llamaba la del maestro Parra, estaba como boca de lobo y desierta como un cementerio, cuando desembocaron por ella cuatro hombres, que doblando la esquina se pararon en la puerta del zapatero. Los cuatro iban embozados en sus capas, y el último llevaba un bulto debajo de ella, sujeto con una mano, y en la otra conducía una escalera como de dos varas de longitud y media de anchura.

Apenas llegaron á la puerta, el que iba delante tocó el aldabon con cierto misterio, y una voz de mujer respondió en seguida:

— ¿Quién es?

— Somos nosotros; abra Vd., comadre, contestó el que habia llamado, que no era otro que el oidor, siendo los tres que le acompañaban el sochantre y el barbero, que enterados por él, secundaban con gusto su propósito, y un criado de confianza, que era el que llevaba la escalera y el bulto.

La puerta se abrió y los cuatro penetraron en la casa.

Luego que Manuela supo el proyecto que allí los conducía, trató de oponerse á su ejecución; pero tales fueron las razones con que los tres amigos le apoyaron, tal la seguridad que de sus resultados le ofrecieron, y tan grandes eran por fin sus temores de seguir en aquella vida, que dejando á los tres toda responsabilidad ante Dios, ante el mundo y ante su marido, y confiada en la gravedad de los que la aconsejaban, cerró los ojos, ocultóse en su aposento, y los dejó obrar como mejor les pareciese.

No bien quedaron solos los cuatro con el maestro Parra comenzaron las pruebas sobre su insensibilidad, y asegurados perfectamente de ella, el barbero sacó los instrumentos de su oficio, y en un abrir y cerrar de ojos la cabeza del zapatero quedó trasformada en la de un verdadero fraile, con su cerquillo y su corona. El criado sacó inmediatamente el bulto que llevaba debajo de la capa, que era un hábito franciscano, con el cual vistieron al insensible compadre del oidor, y colocándolo en seguida sobre la escalera, como si fuese un cadáver, lo suspendieron entre los cuatro y salieron con él hácia la plaza de San Francisco, donde se hallaba situado el convento de que tomó el nombre.

Llegados á la puerta, soltaron en el suelo la pesada carga; uno de ellos llamó, y al instante salió á abrir un religioso diciendo:

— ¿Qué se ofrece, hermanos?

— ¿Qué ha de ser? respondió el barbero, ocultando el rostro para no ser conocido; que nos hemos encontrado en la calle, al volver á nuestra casa, este pobre religioso de vuestra orden en el lamentable estado que se deja ver, y por respeto á la santa orden lo hemos recogido, y aquí lo traemos para que la comunidad disponga de él lo que tenga por conveniente.

Y dicho esto introdujeron al supuesto fraile en el portal, y con las bendiciones del franciscano atónito se retiraron á aguardar el desenlace de tan arriesgada como diabólica aventura.

Apenas el portero dió aviso al guardian de lo que pasaba, reunió este toda la comunidad, y vió con asombro que no faltaba ningun religioso. Dirigiéronse luego al portal, donde se hallaba aun el maestro Parra, tendido en el suelo; todos le rodearon, todos le examinaron con detención, pero nadie le conocía. Visto esto, y que el bueno del fingido fraile no respondería, ni daba muestras de salir de su letargo, lo condujeron á una celda, donde lo dejaron encerrado hasta que llegase la mañana, convencidos de que seria algun religioso de uno de los conventos de la provincia, que viniendo á la capital de orden de su superior para algun asunto importante, se habia dejado dominar por el demonio de la bebida hasta caer en aquel lastimoso estado.

Los padres graves de la comunidad se reunieron para tratar del ejemplar castigo que debía imponerse, por su grandísima falta, á quien tan en poco habia tenido el nombre y el decoro de la respetable orden; pero habiendo al fin decidido oír al culpable antes de imponerle una pena, acordaron irle á interrogar cuando ya fuese de día, al salir del coro.

Las seis de la mañana serian apenas cuando el primer rayo de luz que entró por la ventana de la celda en que se hallaba encerrado el maestro Parra, hirió súbitamente sus ojos y empezó á sacarle de su letargo.

Como la mona estaba ya completamente dormida y reposada, y era además la hora en que el zapatero tenía costumbre de levantarse, despertó sin dificultad; abrió los ojos, y medio dormido todavía, comenzó á buscar á su mujer á su lado, haciendo entre dientes este monólogo:

— ¡Manuela!... ¡Qué noche tan larga! ¿Manuela?... ¡Qué diablo de cama tan dura!... ¡tengo molidos los huesos!... Pero... ¿dónde estoy? Esta no es mi alcoba... ¡Manuela!

Y gritando así se incorporó en la tarima que le servia de lecho; vióse de tan extraña manera vestido; palpóse la cabeza, y creció mas y mas su admiración y subió de punto su espanto.

— ¡Qué es esto, Dios mio! exclamó al fin. ¿Es una pesadilla horrible el efecto de mi vicio, ó me he vuelto loco?

Y al decir esto, y disponiéndose ya á saltar en el suelo y á pedir socorro, sintió torcer la llave de la celda, la puerta se abrió, y varios religiosos le rodearon.

El zapatero, mudo de estupor, con los ojos desencajados, inmóvil y con la sangre helada en las venas, miraba al rodeador de sí, como si estuviese rodeado de horribles fantasmas.

Al fin uno de los religiosos le habló en estos términos:

— Hermano, diga su caridad quién es, de dónde ha venido, y porqué, con escándalo de la religion y detrimento de su alma, se le ha encontrado anoche ébrio en medio de las calles como un seglar indigno.

El maestro Parra no contestó, no podia contestar una palabra á aquella para él ininteligible pregunta.

El guardian le mandó que respondiese bajo santa obediencia.

El zapatero permaneció inmóvil y mudo.

Los religiosos se miraban unos á otros sin comprender lo que aquello significaba.

Hecha por tercera y cuarta vez la misma pregunta, y viéndose el infeliz amenazado por desobediencia, hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y con palabras entrecortadas por la estupefacción y el miedo respondió de esta manera:

— ¡No se canse Vd. en preguntarme... Que vayan á la calle de Gallegos... esquina á la plaza del Salvador... allí... hay una zapatería... y en ella una mujer... que se llama Manuela... Que le pregunten... si está allí su marido, el maestro Parra... Si el maestro Parra no está allí... entonces... soy yo; pero si está allí... yo no sé quien soy!...

Al mes de esta ocurrencia, la zapatería del maestro Parra habia sido substituida por una tienda de peínero. Todos preguntaban qué habia sido del maestro de obra prima. Nadie lo sabia positivamente.

Algun tiempo despues un zapatero se establecia en un extremo de la ciudad; á su casa concurrían casi diariamente el oidor, el barbero y el sochantre que ya conocen nuestros lectores; la muestra del establecimiento decia así:

AGUADO, ZAPATERO.

Y era que el maestro Parra habia renegado completamente de su primer apellido, adoptando por fin el de su madre de que antes se avergonzaba.

Jamás pudo perder la costumbre de beber los lunes; pero habiendo aborrecido el vino y toda clase de licores espirituosos, *hoyaba de nuevo á su familia*, al lado de la fuente que en el patio tenia la casa.

Manuela descansó, gracias al ardid de su compadre; el zapatero hay quien asegura que á los pocos años murió opilado.

Yo, lector querido, no soy mas que el eco de la tradición,

Y no quito ni aumento;

Como me lo contaron te lo cuento.

JOSÉ MARIA GUTIERREZ DE ALBA.

Paris, enero de 1858.

Poblacion de la tierra.

Nunca se ha tratado de un modo completo esta útil é interesante cuestion: algunos sabios juzgando por datos arbitrarios antes que los viajeros diesen á conocer sus recientes descubrimientos, fijaron en mil millones el número de habitantes del globo.

Un distinguido sabio, M. Dietrici, catedrático de la Universidad de Berlin, acaba de dirigir á la Academia de ciencias de esta ciudad una Memoria razonada sobre este importante asunto, que es sin duda el mejor trabajo que en su género se ha publicado.

El autor, despues de consignar algunos cálculos detallados y referentes á cada una de las cinco partes del mundo, eleva la cifra de la poblacion de la tierra á 1,283 millones, cantidad que fracciona de este modo: Europa, 272 millones; Asia, 750; América, 59; Africa, 200; Australia, 2.

Los mejores y mas seguros datos son los referentes á Europa. Las opiniones de los geógrafos le señalan como término medio 258 millones de habitantes; pero como la mayor parte de los geógrafos no han podido tener en cuenta, por razon de la época en que hicieron sus cálculos, los datos recogidos de quince años á esta parte, resulta que la cifra de 272 es visiblemente la que mas se aproxima á la verdad. En todo caso la equivocacion puede referirse á Turquía, Rusia ó á los Estados del Norte; pero seria cuestion de cuatro ó cinco millones á lo mas, cantidad insignificante en una cifra total tan crecida.

Por lo demás el aumento progresivo de la poblacion europea es enorme: en 1787 ascendía á 150 millones de habitantes, segun ciertos cálculos dispuestos por Luis XVI; en 1803 alcanzaba casi á 200 millones.

Mas difícil parece calcular la poblacion del Asia, pues los geógrafos que se han ocupado de ella de veinte y cinco años á esta parte, han presentado cálculos con diferencias verdaderamente increíbles. Algunos atribuyen á esta parte del mundo 390 millones de habitantes, siendo así que solamente la China tiene mayor poblacion.

Actualmente se pueden formar cálculos bastante notables con respecto á la China y á la India, y se poseen documentos en los cuales se proporcionan datos que son tan aproximados como es posible, con respecto al archipiélago indio, las islas Filipinas, las Molucas, las de la Sonda y las Sulú; pero en cuanto al Japon, al imperio de Annam, Tartaria, Persia, Afghanistan y Arabia es preciso atenderse muchas veces á meras conjeturas. La cifra de 250 millones debe estar aumentada sin duda en una octava ó novena parte; pero tal como es, puede considerárela tan aproximada como es posible á la verdad, atendidas las dificultades con que ha de luchar la ciencia en semejantes cuestiones.

Relativamente al Asia, la incertidumbre es todavía mayor.

Sin embargo, el autor de la Memoria ha aprovechado con esmero los trabajos de los últimos exploradores del Africa central, los que se han hecho oficialmente en Argelia, en el Senegal y en el cabo de Buena-Esperanza.

Su cálculo, profundo y meditado como es, adolece visiblemente de alguna equivocacion mayor ó menor; el error puede apreciarse de una cuarta ó quinta parte.

La poblacion de América ofrece mayores probabilidades de exactitud, y es tan conocida como la de Europa.

En cuanto á la Australia, debemos hacer al autor de la Memoria una observacion esencial: no comprendemos cómo puede atribuir á la Australia la quinta parte de la poblacion del mundo, cuando la ciencia y la política reconocen ahora en la Oceanía una de las cinco grandes divisiones de la tierra.

La Australia, á pesar de su importancia y de su inmenso desarrollo, forma parte de la Oceanía inglesa. El autor no ha estudiado bastante las diversas partes de la Oceanía, y por esto es visiblemente inexacta la poblacion que se señala.

Sea lo que fuere, su trabajo es el mejor que se ha publicado hasta el dia.

En vista de lo manifestado, se puede decir que la poblacion del mundo, segun los cálculos mas aproximados, varia entre mil doscientos y mil trescientos millones, aproximándose mas á la segunda cifra que á la primera, y que á fines del siglo XIX llegará, segun todas las probabilidades, á la enorme cifra de dos mil millones.

(Moniteur de la Flotte.)

El campamento de los convidados

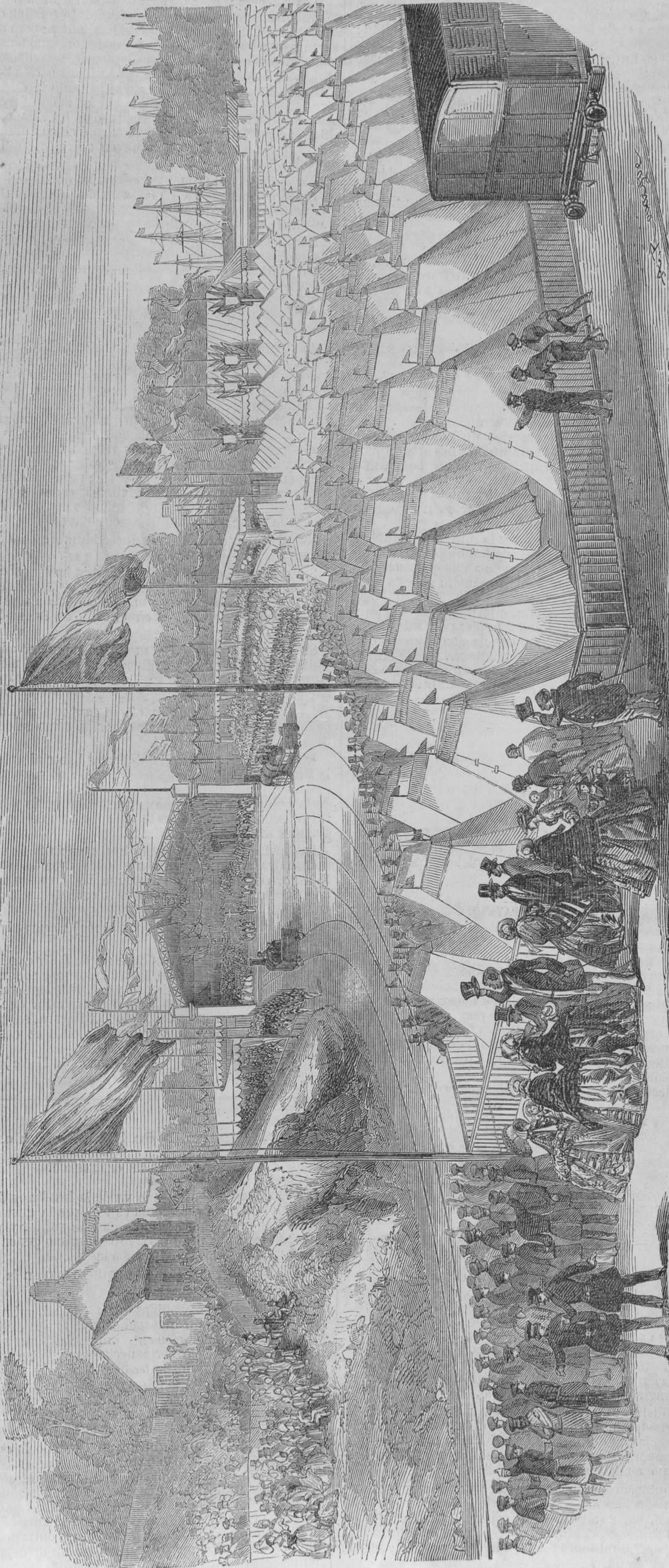
A LAS FIESTAS DE CHERBURGO.

Puesto que hemos hablado ya de la bendicion de las locomotoras, cuya ceremonia es siempre la misma en tales ocasiones, no insistiremos en este punto, y pasaremos á decir dos palabras sobre el aspecto general del campamento de los convidados á las fiestas.

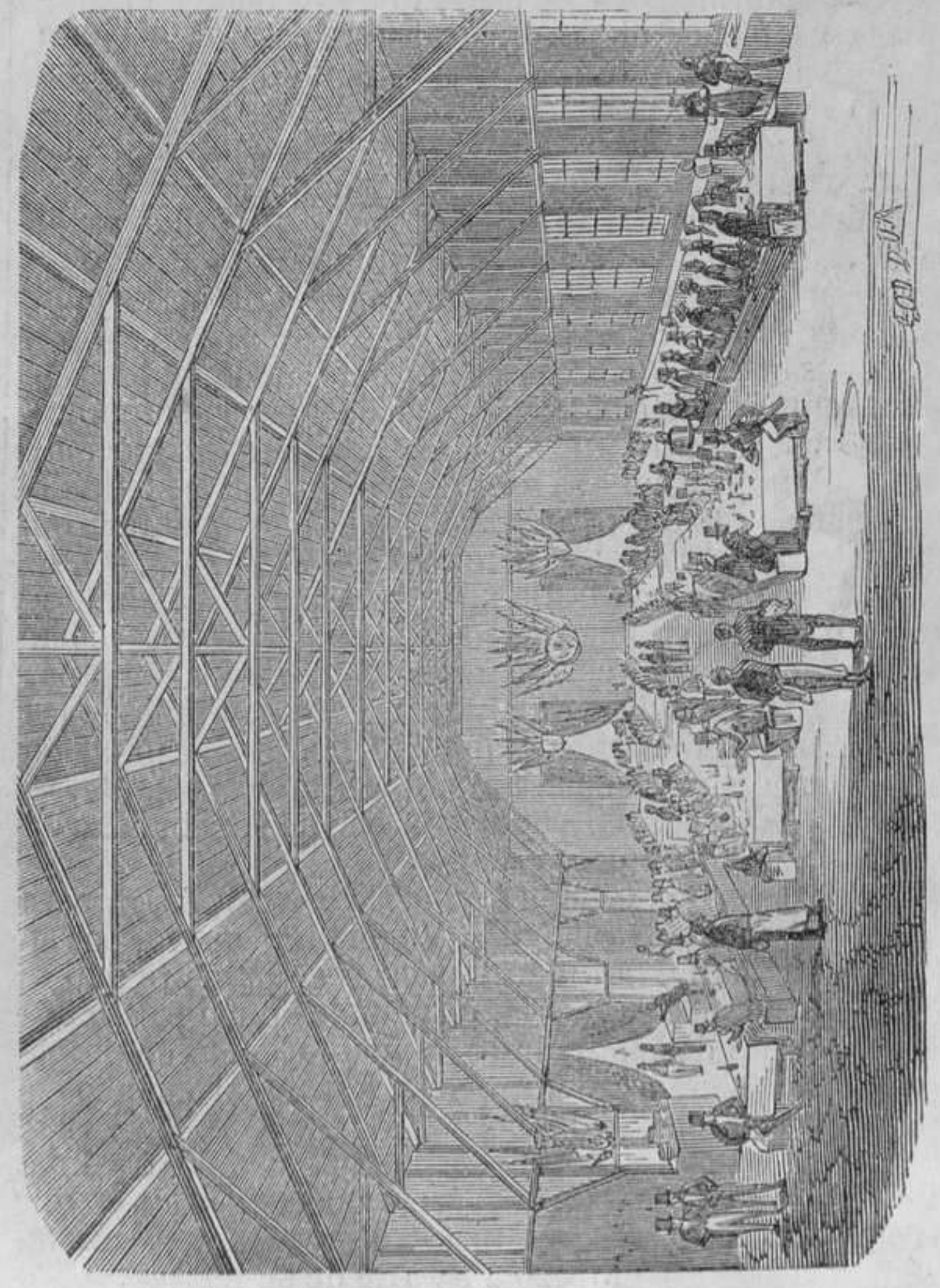
Habla el autor de los dibujos que se ven en la página siguiente:

« Nos hallábamos reunidos unos 1,500 hombres en ese corto espacio, sin que nadie haya tenido que quejarse de esa aglomeracion extraordinaria. Tambien debemos decir que solo permaneciamos bajo las tiendas para tomar algunos instantes de reposo, pues no habiamos ido á Cherburgo para estar encerrados, y nuestra cita general era al amanecer en los inmensos muelles del puerto del comercio, de donde saltábamos á las embarcaciones que nos paseaban por todas partes.

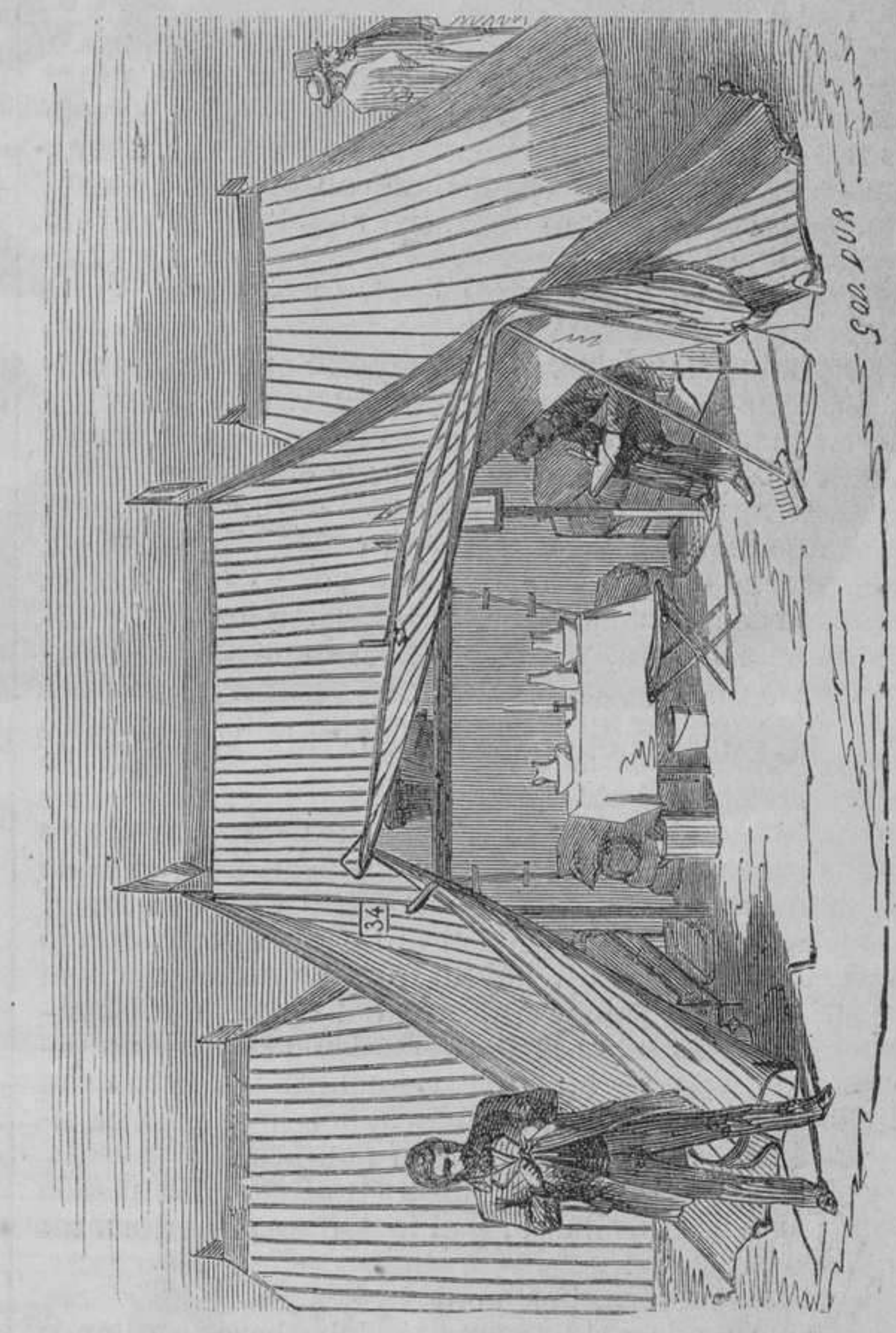
« En suma, nuestro campamento era todo lo que podria desear un ejército en campaña; únicamente nosotros que no éramos soldados, habriamos deseado una cocina mas confortable que la de los señores Potel y Chabot. En cambio, para dar á cada cual lo que le es debido, debemos añadir que no tenia la culpa de esto la compañía del ferrocarril, que por el contrario en todo ha puesto un empeño particular á fin de dejar contentos á sus convidados. »



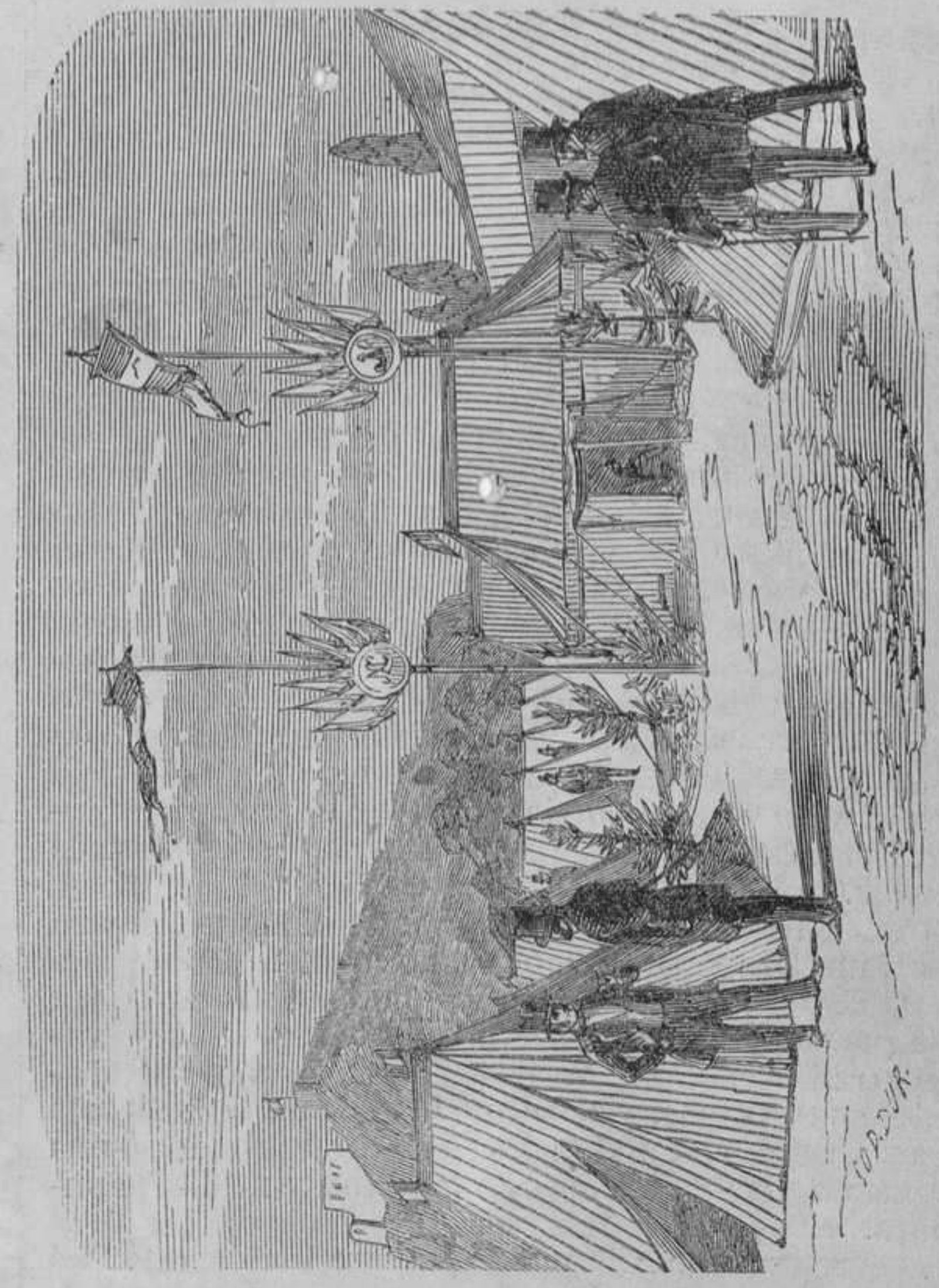
BENDICION DE LAS LOCOMOTORAS Y CAMPAMENTO DE LOS CONVIDADOS EN CHERBURGO.



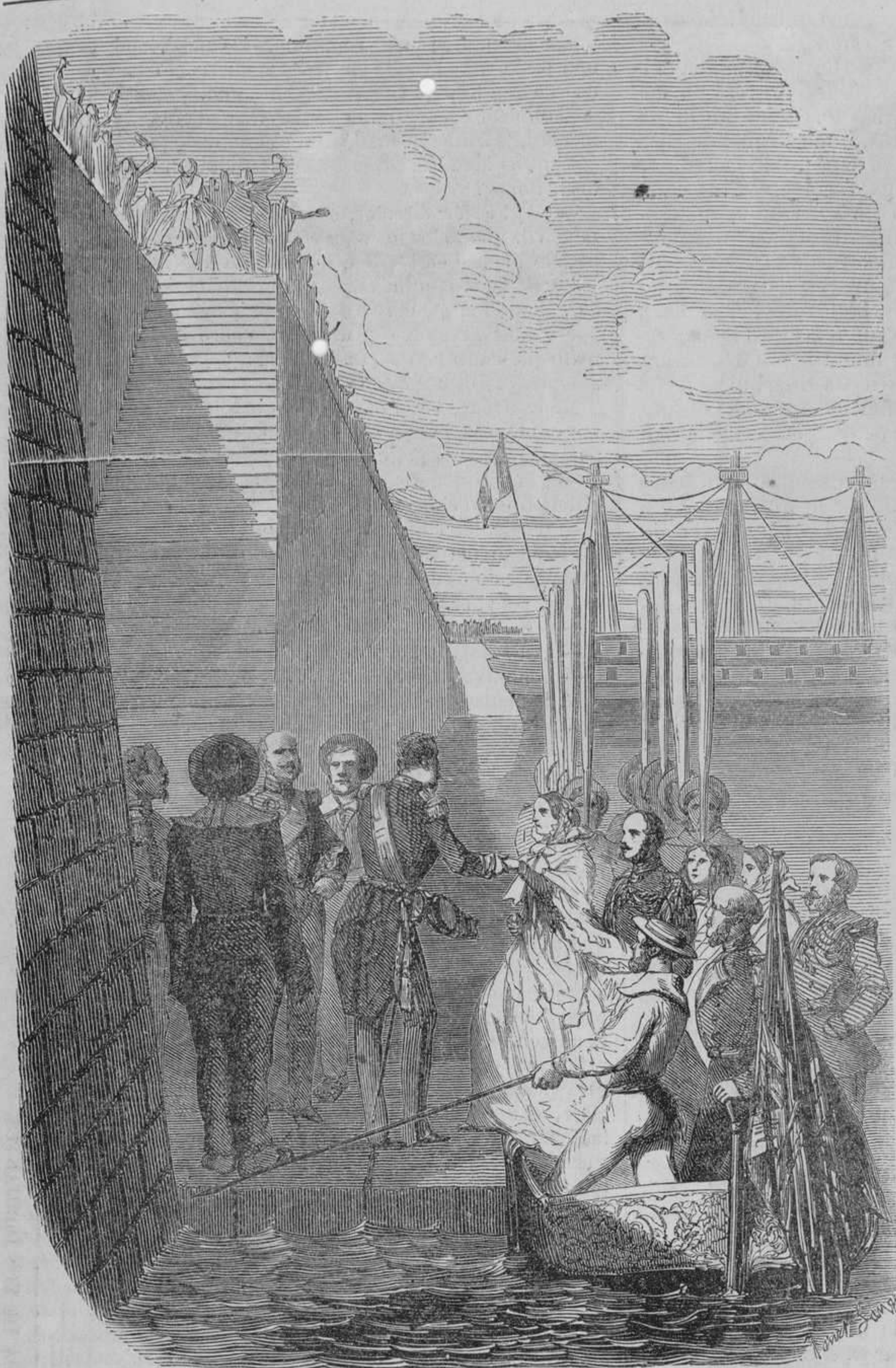
COMEDOR DEL CAMPAMENTO DE LOS CONVIDADOS.



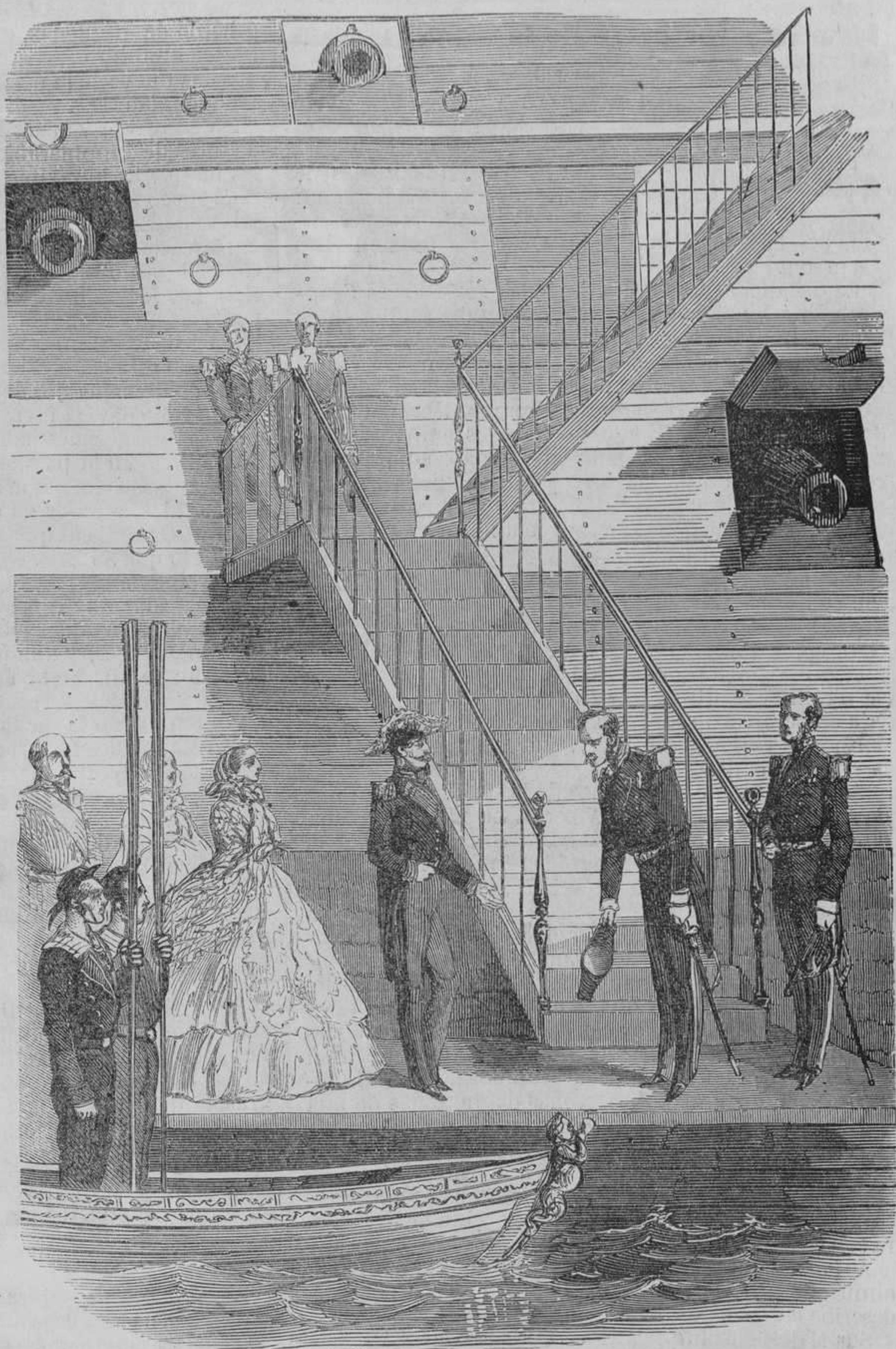
INTERIOR DE LA TIENDA DE LOS DIBUJANTES.



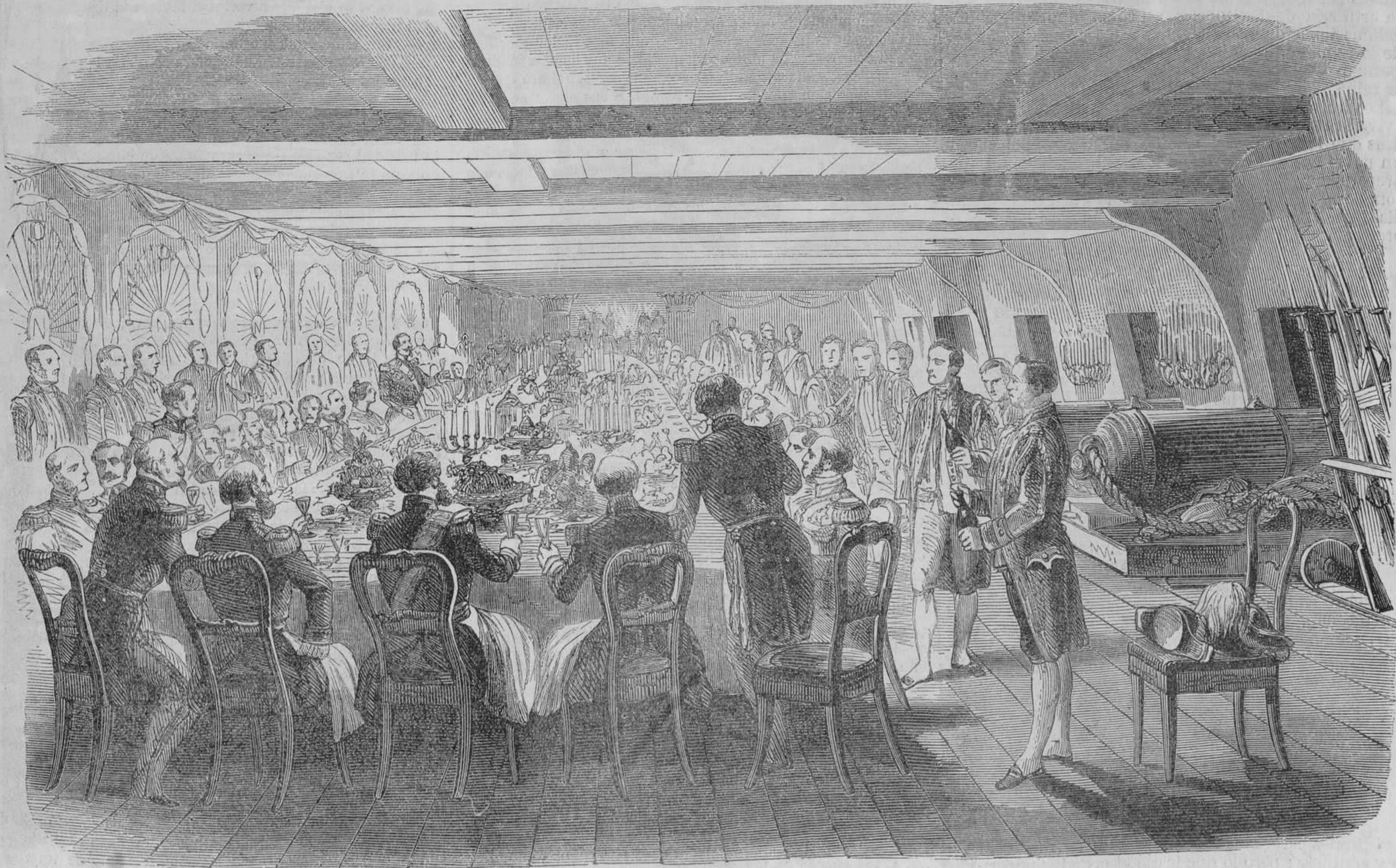
EL GABINETE DE LECTURA EN EL CAMPAMENTO.



EL EMPERADOR Y LA EMPERATRIZ SUBIENDO A BORDO DE LA BRETAGNE.



RECEPCION DE LA REINA DE INGLATERRA EN EL PUERTO MILITAR DE CHERBURGO.



BANQUETE DADO A BORDO DE LA BRETAGNE, EN LA BATERIA BAJA.



de policía que había acudido al punto y el cual le sacó del teatro.

Al volver hacia el anciano, el artista le oyó contar esta aventura á las personas que le rodeaban.

—No puedo creer lo que me está pasando. Cuatro dias no mas hace que conozco á ese jóven de conducta tan escandalosa, y esta es la cuarta vez que me da motivos para quejarme. Recomendado por uno de mis amigos como un jóven de buena educacion, le recibí como si fuera un miembro de mi familia. El primer dia bebe en la mesa como una cuba y se pone á contar anécdotas tabernarias; mi hija se indigna, y sin embargo, yo trato de excusarle, el vino se le había subido á la cabeza, y en esto hallaba yo su disculpa... no encontraba razon suficiente para condenar á un jóven recomendado por un buen amigo. Pero hé aquí que en la noche siguiente vienen á despertarme para que vaya á reconocer ante la policía á un jóven que había sido preso en una casa de juego y que me reclamaba por fiador. ¡Era él! Aunque mi confianza se quebrantó un poco, quise ser indulgente. Forastero en Paris, aquel loco había podido ser arrastrado contra su voluntad á la casa de juego, y este percazo no debía hacerme olvidar la recomendacion de mi amigo. En esto recibí ayer la visita de un usurero que viene á preguntarme si respondo en realidad de un jóven que en mi nombre le pidió una cantidad de dinero prestada á interés crecido. Otra gracia suya, y ésta confieso que acabó de remachar el clavo. Por último, esta noche se presenta en nuestro paleo con la cabeza trastornada por la bebida, y apenas se sienta á nuestro lado comienza á bostezar, y á hacer señales á las personas que están enfrente, y repren diéndole yo con la mayor suavidad por esa conducta incalificable, nos insulta como todos han oído... ¡Y á eso llaman un jóven de educacion!...

— Dígame Vd., caballero, exclamó uno de los oyentes; ¿en dónde vive el amigo que le ha recomendado á Vd. semejante personaje?

El anciano contestó dando el nombre del pueblo.

— Pues no extrañe Vd. lo que ha pasado.

— ¿Cómo es eso?

— Si, conozco el país, y así son todos los que llaman de educacion en él.

— ¿Pero qué entienden pues por un hombre de educacion?

— Un hombre rico.

Durante estas explicaciones el pintor había tranquilizado á la jóven. Juntos salieron del teatro. El padre, gracias á los enojos que le había causado aquella muestra de las costumbres patriarcales de la provincia, fué perdiendo sus prevenciones contra los artistas y consintió en la boda.

Vamos á concluir con esta anécdota de la semana.

El juéves último se habían reunido los delegados de una compañía de accionistas para redactar el reglamento de la sociedad.

Un miembro se levanta y pide la palabra sobre la forma de la mesa.

Todo el mundo se echa á reír; pero él insiste con mucha gravedad, lo cual aumenta las risas.

Por último, en vista de tal obstinacion le conceden la palabra, que usó de esta manera:

— Señores, una mesa redonda ó ovalada y los asientos en torno del salon son cosas esenciales: con una mesa larga los que están á la cabecera suelen salirse con la suya; en tanto que con una mesa ovalada, los que están sentados los últimos se hallan tan al alcance como los otros para hacer que prevalezca su opinion.

Aquí estallaron de nuevo las risas, pero el orador impertérto continuó diciendo:

— Señores, estas reflexiones son de Bacon, en el capítulo en que trata del consejo de los principes.

Estas últimas palabras cortaron las risas.

MARIANO URRABIETA.

### Presentacion y recepcion

DE LOS DRAMAS EN GRECIA.

El drama griego empezó como es sabido por formar parte del rito en las fiestas de Baco: entonces el poeta que componía los versos, la música y el baile de Dítirambo era simultáneamente autor, actor y director de la representacion. Agregábanse voluntariamente algunos ciudadanos que formaban el coro. A poco uno de los mas ricos del coro hubo de encargarse de los gastos que este ocasionaba: llamóse Corifeo y dejó al poeta el nombre de Didáscaleo. Cada coro se componía de 50 personas; formábase uno por cada tribu; concurrían todas á la fiesta; y la que mejor lo hacia, recibía en premio de los magistrados una corona y una trípode, sin perjuicio de una recompensa especial que se daba al poeta.

Apareció despues la tragedia, y hubo coros trágicos: las tribus cuidaban de presentarse en las fiestas cada una con el suyo trágico-didascálico y el correspondiente corifeo. Por entonces todo lo que el poeta tenía que hacer para poner su obra en escena era buscar un coro. Solicitábanlos de las tribus los autores adocenados; y las tribus buscaban á los de mas nota. Reduciase la intervencion de los magistrados á sortear el orden en que las tribus habían de concurrir al certamen, y los cinco jueces encargados de adjudicar el premio. Los gastos se pagaban de los fondos *teóricos*, que así se llamaban los destinados á las fiestas religiosas, hasta que las novedades introducidas por Eschilo, convirtiendo el carro en teatro, introduciendo la máquina, vestidos, máscaras, coturnos y decoraciones, los hicieron demasiado crecidos, para que pudiera soportarlos el corifeo, ya sobradamente cargado con los que exigía la instruccion y equipo del coro. Los fondos *teóricos* no hubieran bastado á soportar semejante carga, si Pericles no los

reforzara con el producto de una contribucion impuesta á los aliados á pretexto de gastos para entretenimiento de la escuadra y comun defensa. A esta novedad siguió naturalmente la de la intervencion directa de los Archontes en la eleccion de poetas ó adjudicacion á estos de los coros; por último, en las repúblicas griegas acabó por ser el pueblo el encargado de todos los gastos, y por consiguiente el supremo magistrado, árbitro exclusivo de la suerte de los autores: sistema funesto al genio dramático y que sin embargo fué aceptado en Roma tambien.

Las palabras técnicas fueron importadas á Roma, pero su significacion en Italia no se parecía nada á la que en el origen tuvieron en Grecia. Así el poeta latino no empezaba por buscar coro, sino teatro, porque de este era una parte asalariada el coro mismo. Por esta razon en Roma el poeta tenía que solicitar que se representase su drama, del que pagaba los gastos del espectáculo y del magistrado que había de presidirlo, si no se reunían ambas circunstancias en una sola persona, lo que sucedía las mas veces aunque no todas.

### JUNTAS DE LECTURA.

No todos los autores griegos lograban la dicha de que las tribus y corifeos aceptasen sus obras; y los había tan desgraciados que solamente conseguían ese alto favor una vez en su vida, ó acaso nunca. Mosimo y Melancio, de quienes Aristófanes se burla, sudaban sangre para encontrar un coro. Lo cierto es, segun uno de los comentadores de Platon, que las tribus se decidían ó por la reputacion ya adquirida de los autores, ó por el exámen de sus obras.

Sobre este punto, es decir, sobre la manera en que el exámen se verificaba, entra M. Magnin en una interesante discusion que omitiremos para mayor brevedad, limitándonos á decir lo que de ella resulta demostrado como evidente ó muy probable.

Dos medios parece natural que se emplearon para juzgar los dramas: ó la lectura previa, ó una representacion por via de ensayo.

De que usaran las tribus del primero no hay otra prueba que lo que se refiere de la muerte del poeta Filemon, á quien se halló cadáver en su casa y teniendo en la mano el manuscrito de una comedia; para cuya lectura le esperaba en el teatro un numeroso auditorio.

En apoyo de que debieron hacerse representaciones de ensayo, hay mas de un hecho histórico.

Valerio Máximo refiere que *pidiéndole* el pueblo á Eurípides que suprimiese una frase de cierta tragedia, el autor desde el teatro contestó: que él en sus dramas daba lecciones, y no las recibía. Téngase presente que el pueblo en las representaciones solemnes silbaba ó aplaudía, y no entraba en discusiones. Además la respuesta de Eurípides á todo el pueblo de Atenas y á muchos extranjeros, hubiera sido impropia; pero está en su lugar dándosela á la tribu de que era poeta.

Plutarco refiere con respecto al mismo Eurípides, que empezando una de sus tragedias por una frase im-

propia, tuvo que corregirla por la indignacion que causó y si esto hubiera sido en una representacion solemne ciertamente no se le hubiera escapado al implacable enemigo del poeta, á Aristófanes, quien sin embargo cita el verso indicado segun la leccion corregida.

El Odeon, que era un pequeño teatro cubierto, fué al parecer el sitio destinado á las representaciones de prueba, y positivamente el lugar de los ensayos.

En Roma, ya en tiempo de Terencio, había representaciones de prueba ante los ediles; durante el imperio se verificaban en los jardines del pretor, con asistencia de algunas personas que daban su parecer sobre el drama.

Antes de comprar un drama los ediles no contentos con leerle, solían consultar á algun sugeto ilustrado, y á propósito de esta costumbre refiere Suetonio que al presentarles Terencio su primera comedia, le enviaron á Cecilio para que la leyese. Fué en efecto el novel autor á casa de aquel personaje, hallóle cenando, y como iba mal vestido, le pusieron sin ceremonia un taburete al lado del lecho ó sofá en que el amo de la casa estaba recostado; pero comenzó Terencio á leer, y á los pocos versos, Cecilio le hizo sentar junto á sí, cenaron juntos, y leyeron despues la comedia que pareció excelente al juez elegido por los ediles.

Por algunos pasajes de Horacio y Ciceron consta que en los tiempos de César y posteriormente en el reinado de Augusto, hubo un tribunal literario compue to de cinco personas, que se reunían en el templo de Apolo ó de las Musas para juzgar de los dramas antes de su representacion, es decir, una junta de lectura ni mas ni menos que la de nuestros dias. (*Nota del traductor.*) Es decir en Paris, que en Madrid la creada por la empresa anterior cesó con ella, con no poca satisfaccion des los infinitos traductores que veían en ella una incómoda barrera.

Probado pues, que con corta diferencia los autores antiguos estaban sujetos como los nuestros á un exámen literario de sus dramas antes que estos se representasen, réstanos averiguar si estaban tambien bajo la férula del tribunal que entre nosotros tiene el derecho de vida ó muerte sobre las obras destinadas al teatro, es decir, á la censura.

(Se concluirá.)

M. MAGNIN.

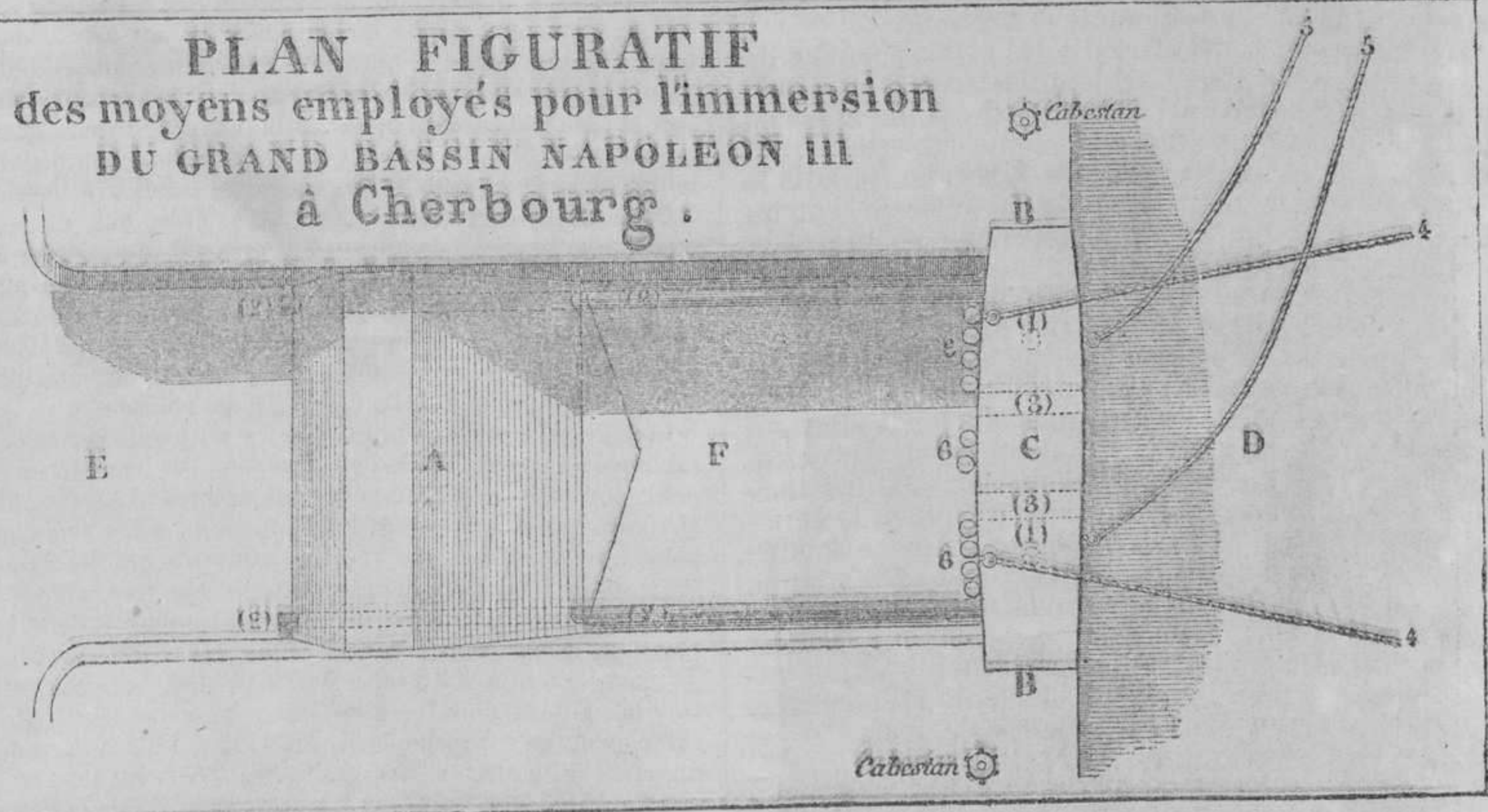
### Inmersión del dique

Y VARADA DE LA Ville de Nantes.

Despues de dejar á la reina de Inglaterra y á su augusta familia con el inmenso séquito que la había acompañado desde las costas de la Gran Bretaña á las playas de la Francia, habiendo dado con los brindis y discursos pronunciados en el banquete imperial una garantía de paz á la Europa y de civilizacion al mundo, empezaron el 7 las fiestas con que debía celebrarse la inauguracion del magnífico fondeadero cuya descripcion hemos dado ya á nuestros lectores. Salvadas de artilleria

PLANO.

## PLAN FIGURATIF des moyens employés pour l'immersion DU GRAND BASSIN NAPOLEON III à Cherbourg.



- (1) Compuertas de fondo por las cuales se introduce el agua en el barco-puerta. Estas compuertas están debajo del barco.
  - (2) Tubos de hierro que comunican con el interior del barco-puerta, y que deben servir para vaciarle estando cerradas las compuertas de fondo.
  - (3) Tubos cuadrados de madera que atraviesan el barco y que están cerrados con dos chapaletas. Estos tubos deben servir para introducir el agua entre el barco-puerta C y la presa A en el espacio F.
  - (4) Calabrotos para arrastrar el barco-puerta de sus ranuras B.
  - (5) Calabrotos para hacer volver el barco-puerta y arrastrarle lejos.
  - (6) 20 toneles vacíos para ayudar á levantar el barco-puerta.
- A. Presa de tierra y de arena guarnecida en su superficie de cemento romano. En lo alto de esta presa hay tres cajas á las cuales se prenderá fuego por medio de un alambre eléctrico.
- B. Ranura en la pared del muelle para sostener el barco-puerta contra el impetu de la mar por el lado D.
- C. Barco-puerta que tiene doce años de existencia; á pesar de las grandes reparaciones que se han hecho en él, se teme

esté muy adherido á las ranuras del muelle por las ostras.

D. Lado de la mar.

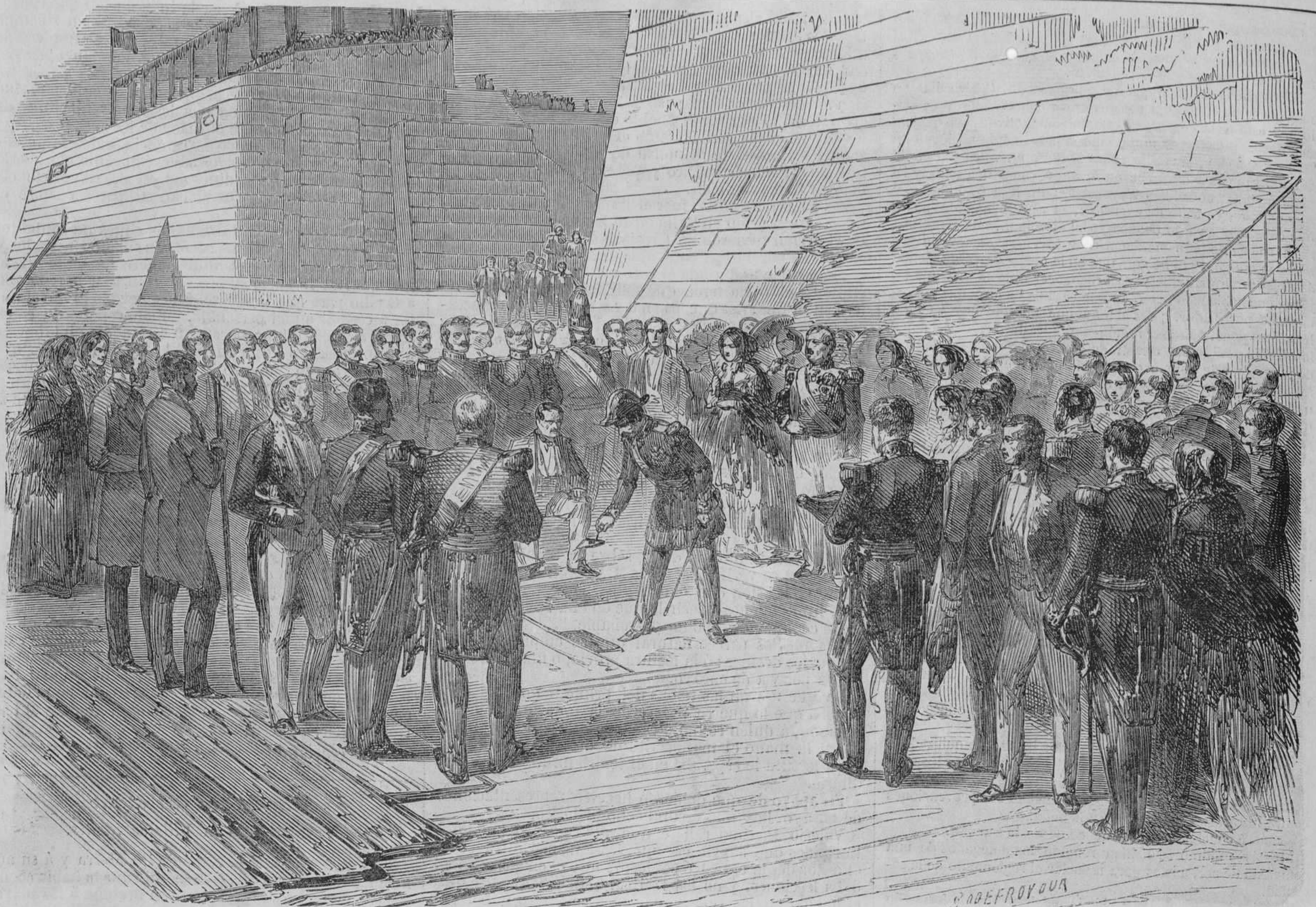
E. Dique que debe llenarse.

En la marea baja el agua está aun muy alta sobre el tablado de la entrada EE del gran dique.

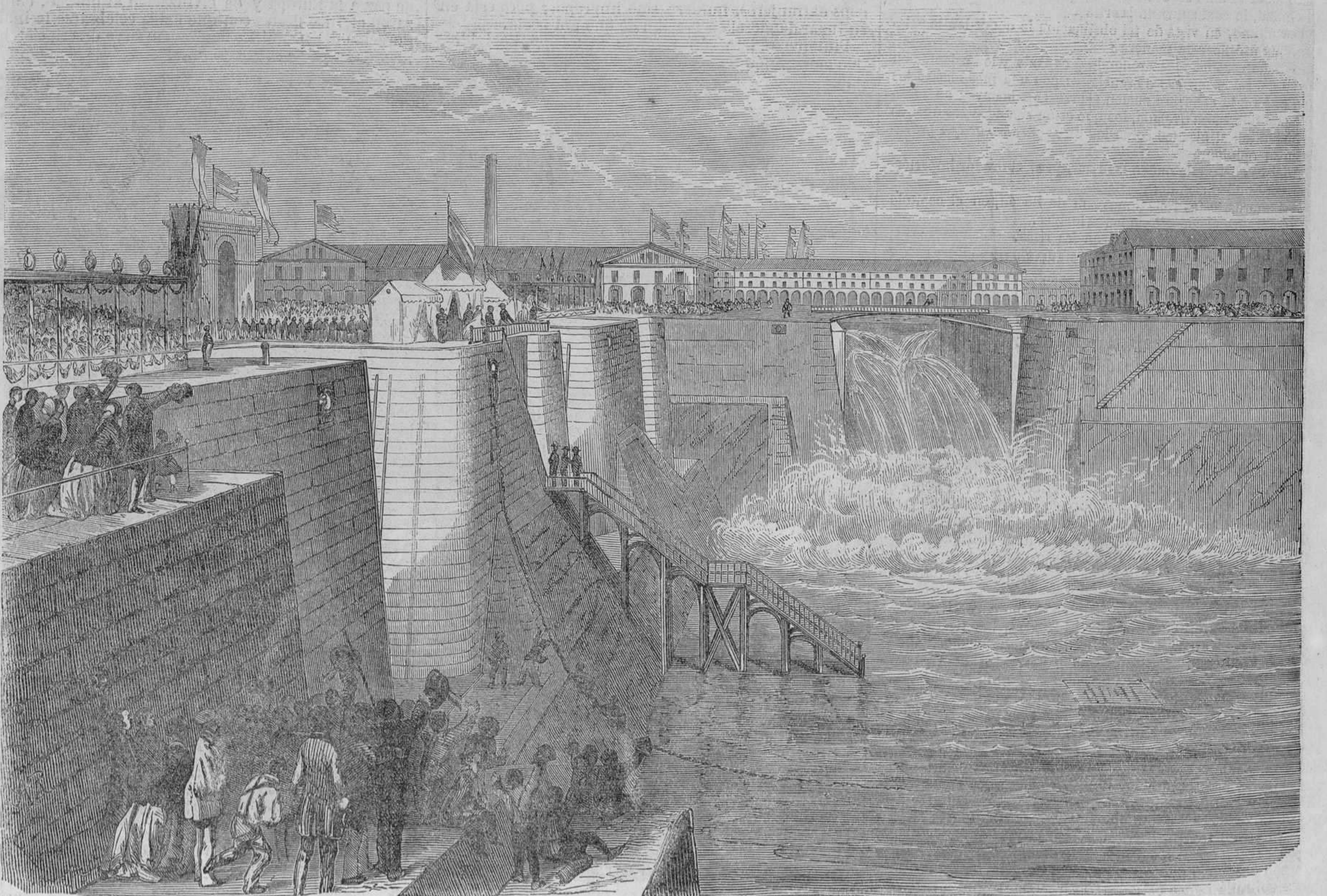
En la marea baja se abrieron las chapaletas del barco-puerta y entró el mar en el espacio entre el barco-puerta y la presa. Lleno este espacio al nivel de la mar se cerraron las compuertas de fondo y se abrieron los tubos de hierro. El barco-puerta se vació sólo, y el agua que contenía corrió entonces al dique nuevo.

El barco-puerta vacío trató naturalmente de levantarse ayudado ó impelido á ello por los 20 toneles vacíos, y si la fuerza del vacío en el agua no hubiera bastado, los calabrotos que corresponden á los cabestantes sobre el muelle, le habrían forzado á hacerlo.

El barco-puerta salido de sus ranuras fué arrastrado á lo lejos por medio de los calabrotos nº 5. Entonces la mar viéndose ya solo contenida por la presa para entrar en el dique nuevo, las tres cajas (A) que están en la presa la detuvieron, y la mar subiendo un poco pasó por encima é invadió el dique.

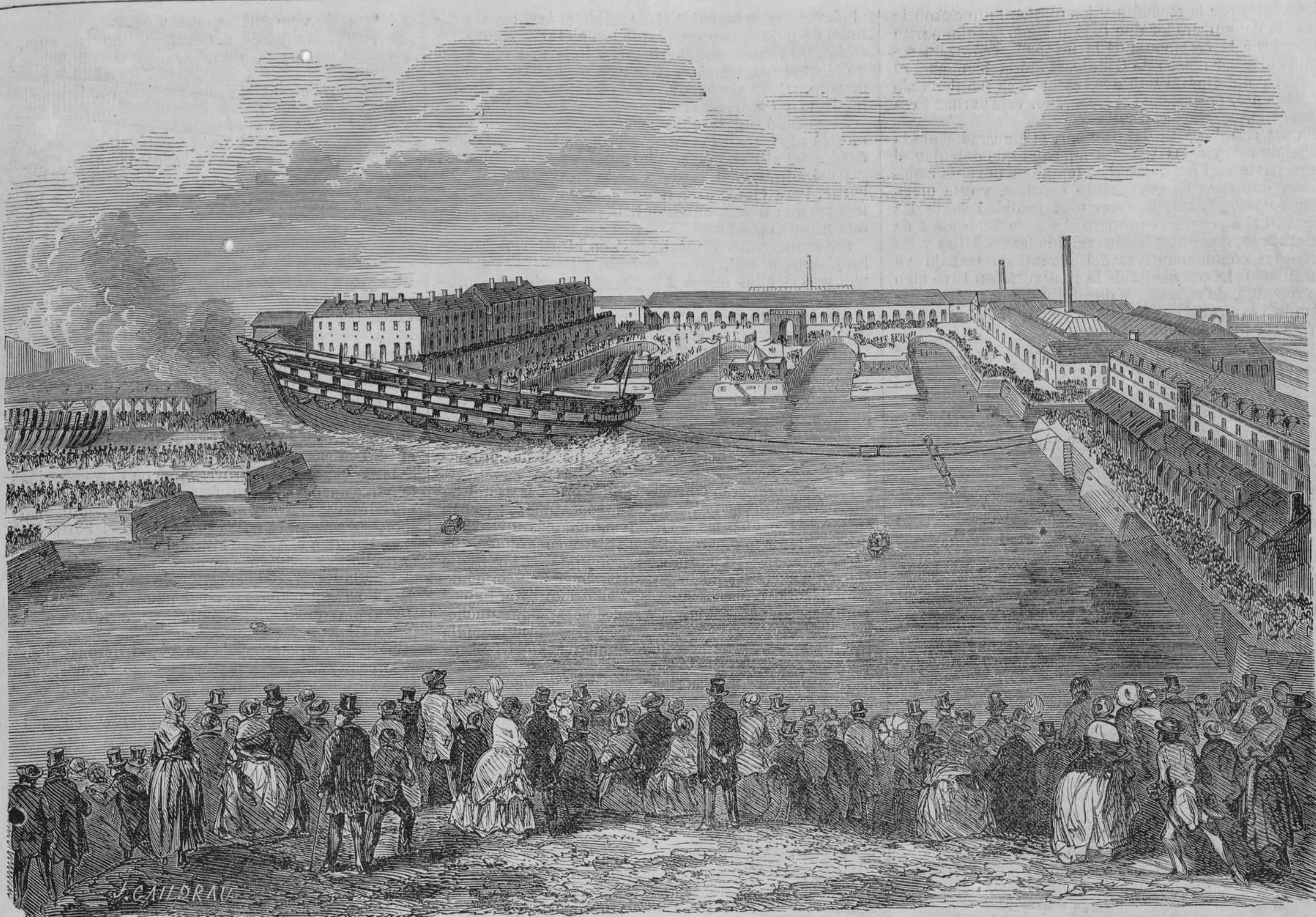


INAUGURACION DEL DIQUE NAPOLEON III EN CHERBURGO.

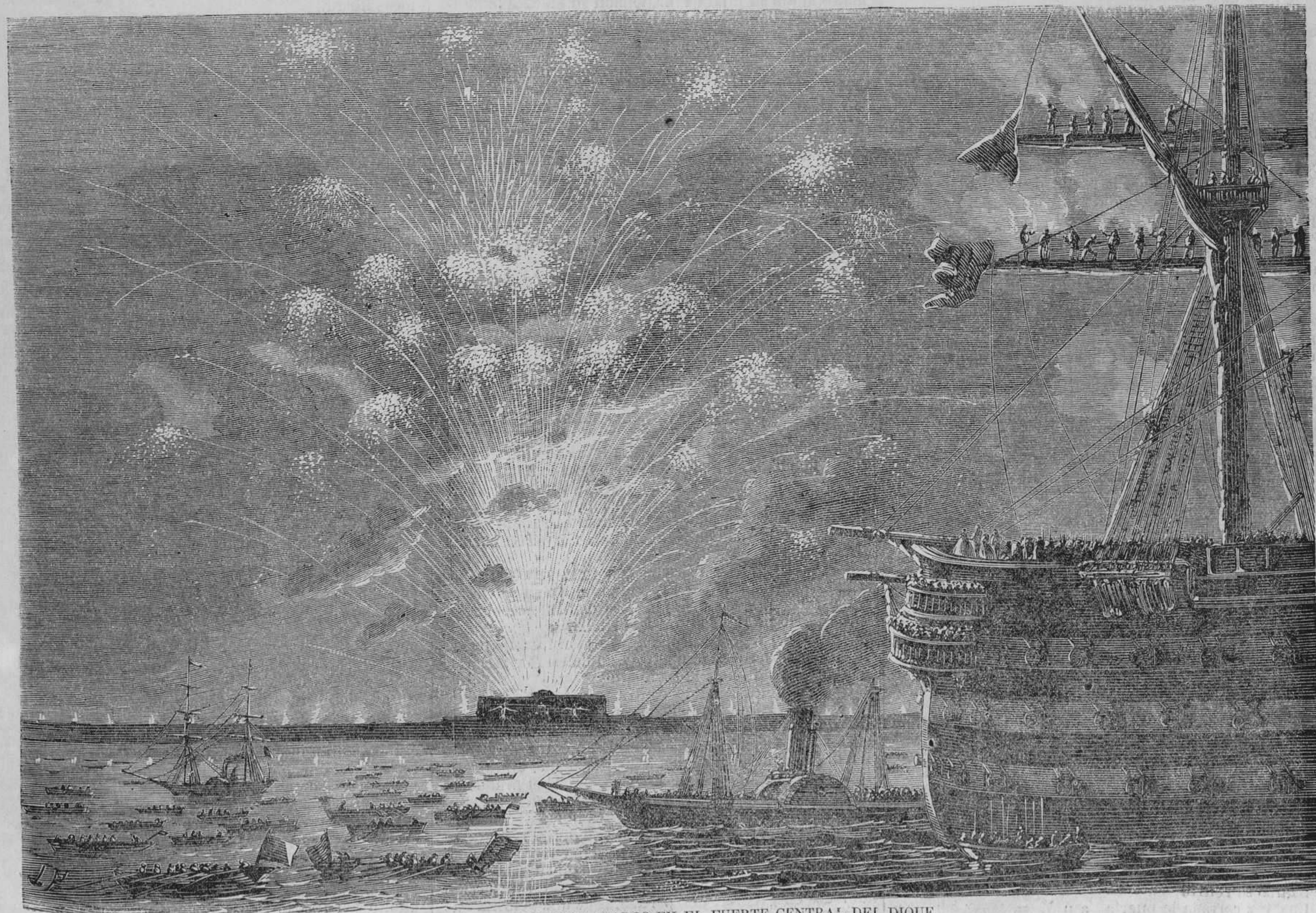


INMERSION DEL DIQUE NAPOLEON III EN CHERBURGO.





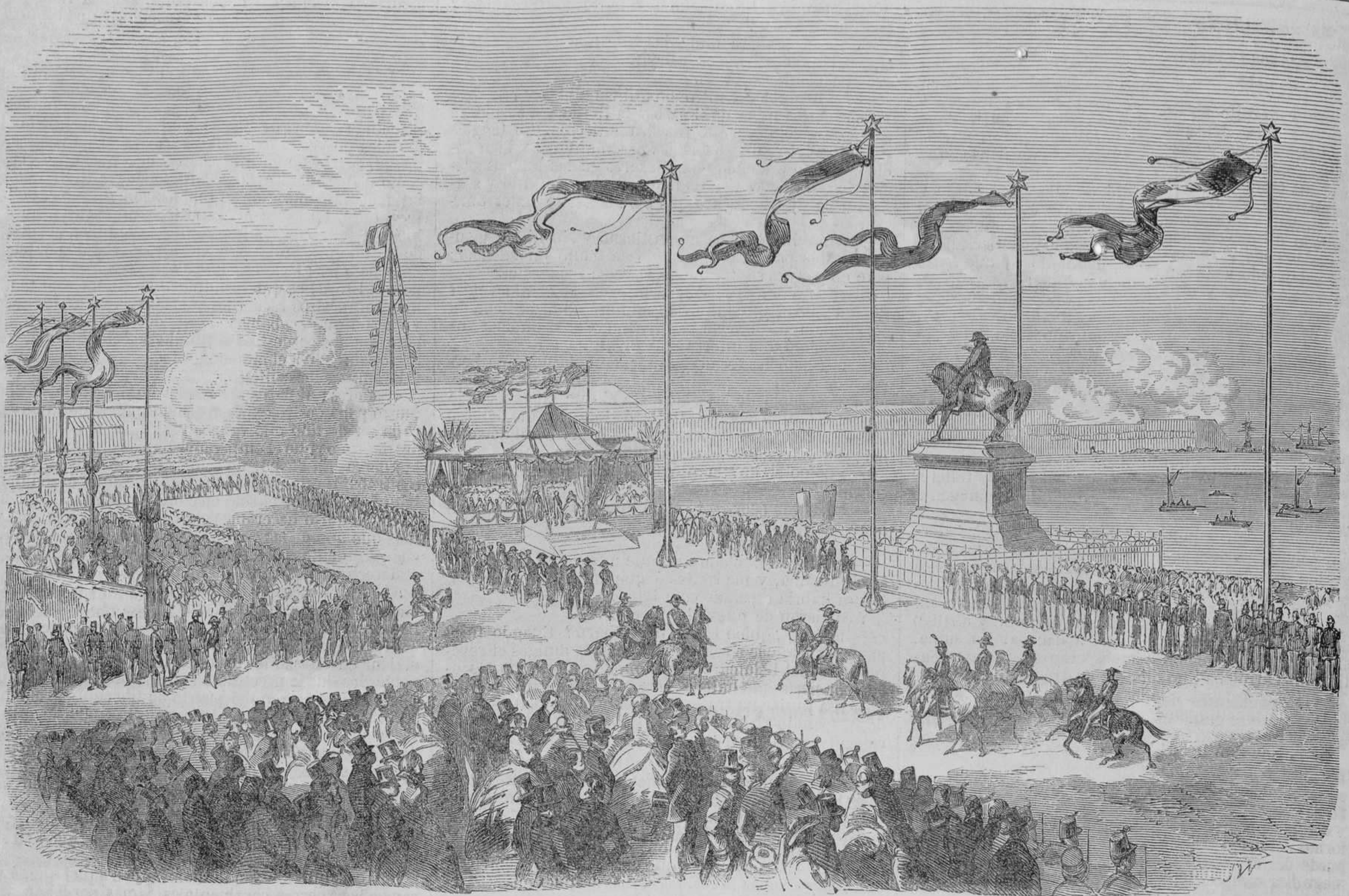
VARADA DEL NAVIO LA VILLE DE NANTES.



FUEGOS ARTIFICIALES DISPARADOS EN EL FUERTE CENTRAL DEL DIQUE.

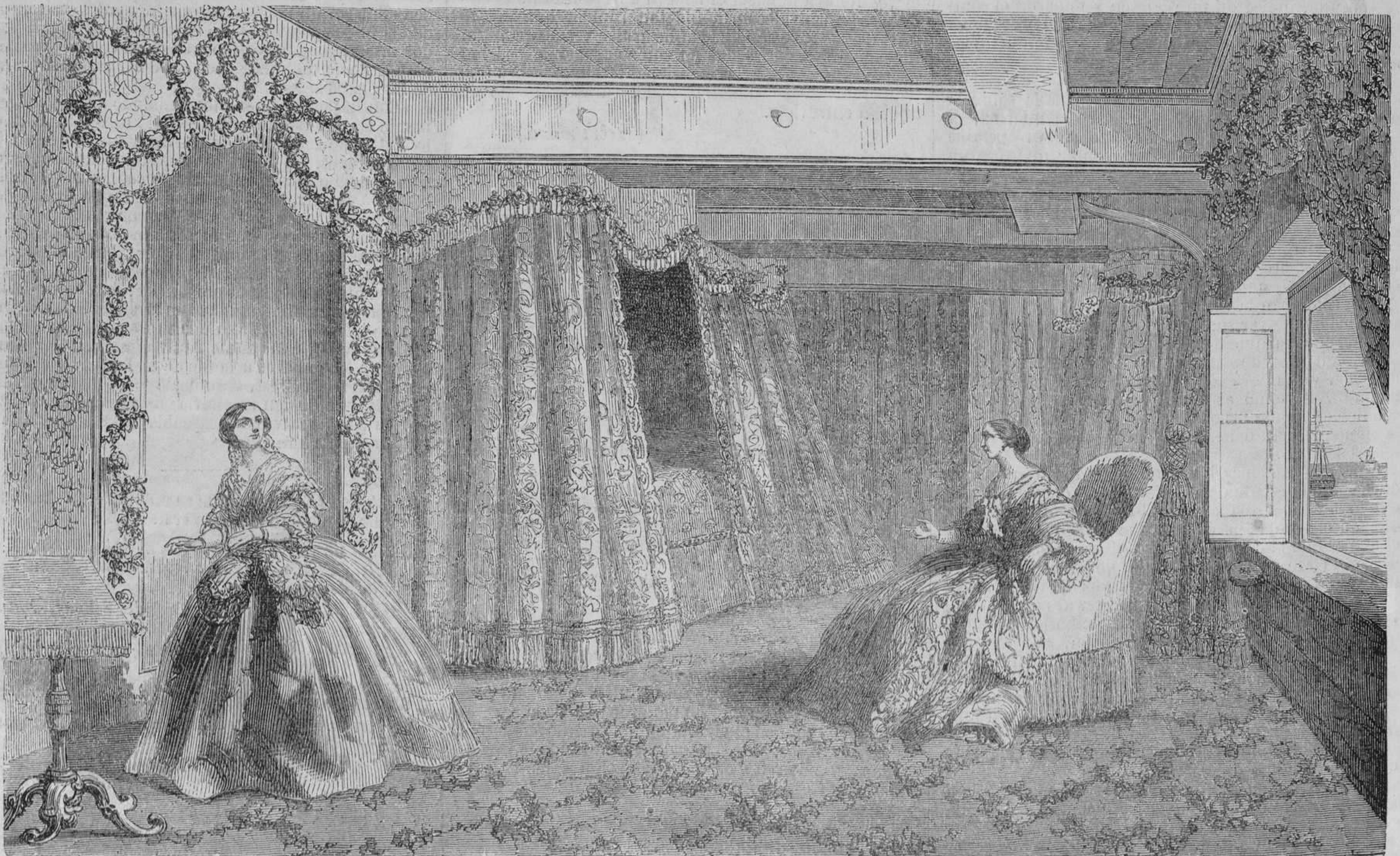






INAUGURACION DE LA ESTATUA DE NAPOLEON I EN EL PUERTO DE CHERBURGO.

les estaba el yacht de la reina el *Victoria y Alberto*. El *Morning-Herald* dice que la escolta comprendia: El *Royal-Albert*, de 131, de hélice, capitán el honorable Francis Egerton; el *Renown*, de 91, de hélice, capitán Arturo Forbes; el *Euryalus*, de 51, de hélice, capitán John W. Tarleton; el *Diadem*, de 32, de hélice, capitán W. Moorson; el *Curaco*, de 23, de hélice, capitán Tomás H. Mason, y el *Racon*, de 22, de hélice, capitán James A. Pavnter.



DORMITORIO DE S. M. LA EMPERATRIZ A BORDO DE LA BRETAGNE.

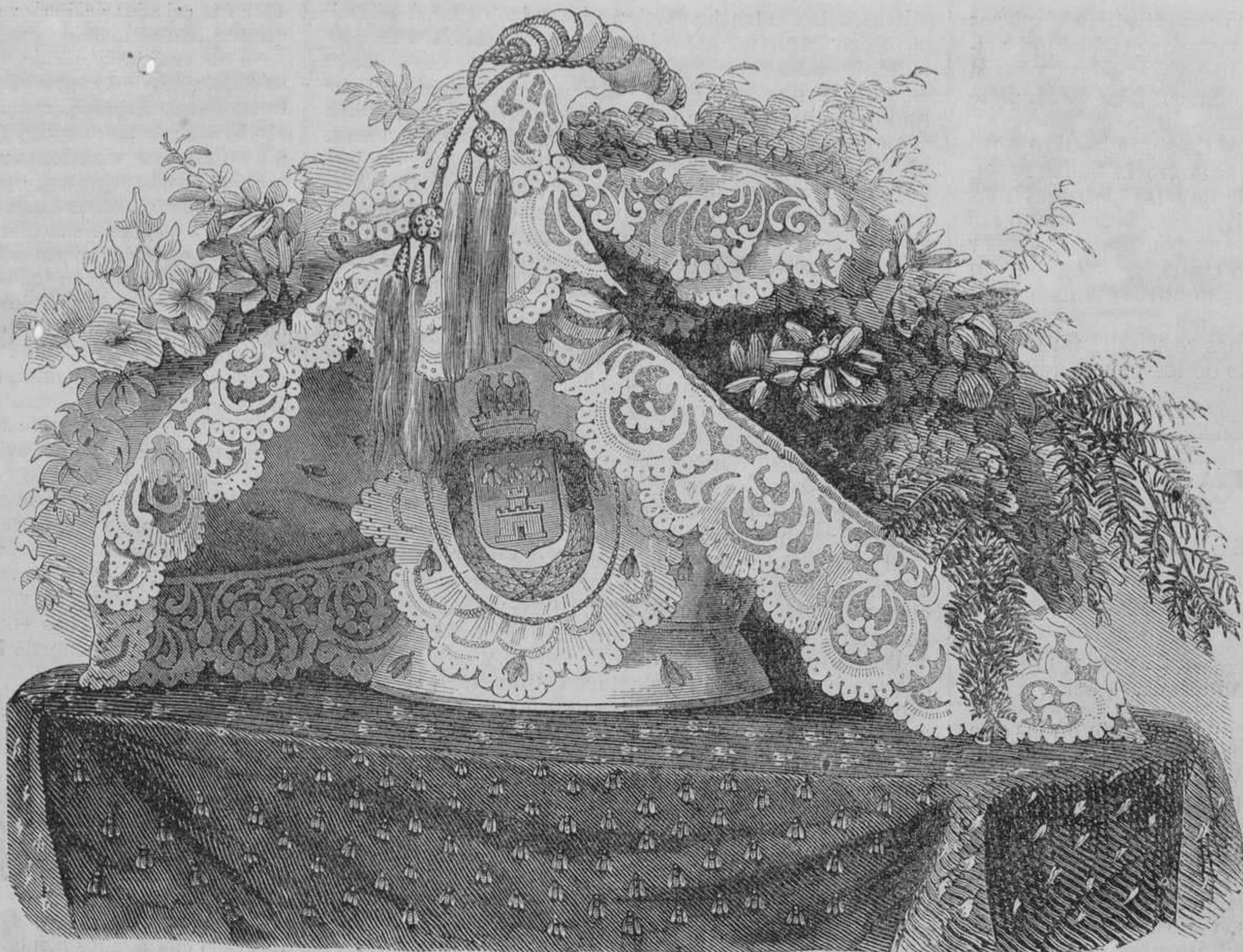
**El canastillo**

REGALADO POR LA CIUDAD DE CAEN.

Este canastillo no es solo una obra delicada y suntuosa de buen gusto; su contenido constituía una maravilla de la industria de encajes de la ciudad. Ricamente bordado de oro con las armas de Caen, el canastillo estaba adornado con un encaje negro y otro blanco, este último de hilo de lino, llamado del Calvados, parecido al punto francés de Argentan en la época mas floreciente de los buenos encajes.

El canastillo estaba en una bandeja que contenía una guarnición de vestido de encaje negro de la mas exquisita composición artística como dibujo, y de un trabajo tan acabado que esta perfección es verdaderamente maravillosa. El ornato de esta guarnición se compone de flores acuáticas con enlaces de conchas, de donde salen flores de relieve que parecen independientes del tejido, tanto se destacan sobre el fondo.

De la orla resalta una flor ideal que se derrama en ramilletes de variadas flores, y se halla rodeada de flores y de perlas de una disposición armoniosa, atrevida y del mejor efecto. Una cinta atravesada dibuja los contornos del modo mas caprichoso, según los pliegues que puede dar el acaso á una cinta puesta para unir. Esta magnífica composición tiene cerca de un metro de des-



CANASTILLO OFRECIDO POR LA CIUDAD DE CAEN Á S. M. LA EMPERATRIZ EUGENIA.

arrollo. La altura del volante es de 60 centímetros.

La guarnición de lo alto del vestido es de una finura extraordinaria de dibujo y de trabajo.

Además hay un pañuelo con una orla magnífica y de una composición original: está formado de guirnaldas de flores que parecen pintadas por su primorosa ejecu-

ción. Las flores son variadas hasta lo infinito, y de una variedad encantadora.

El canastillo está cubierto exteriormente de bandas de raso blanco y de terciopelo blanco.

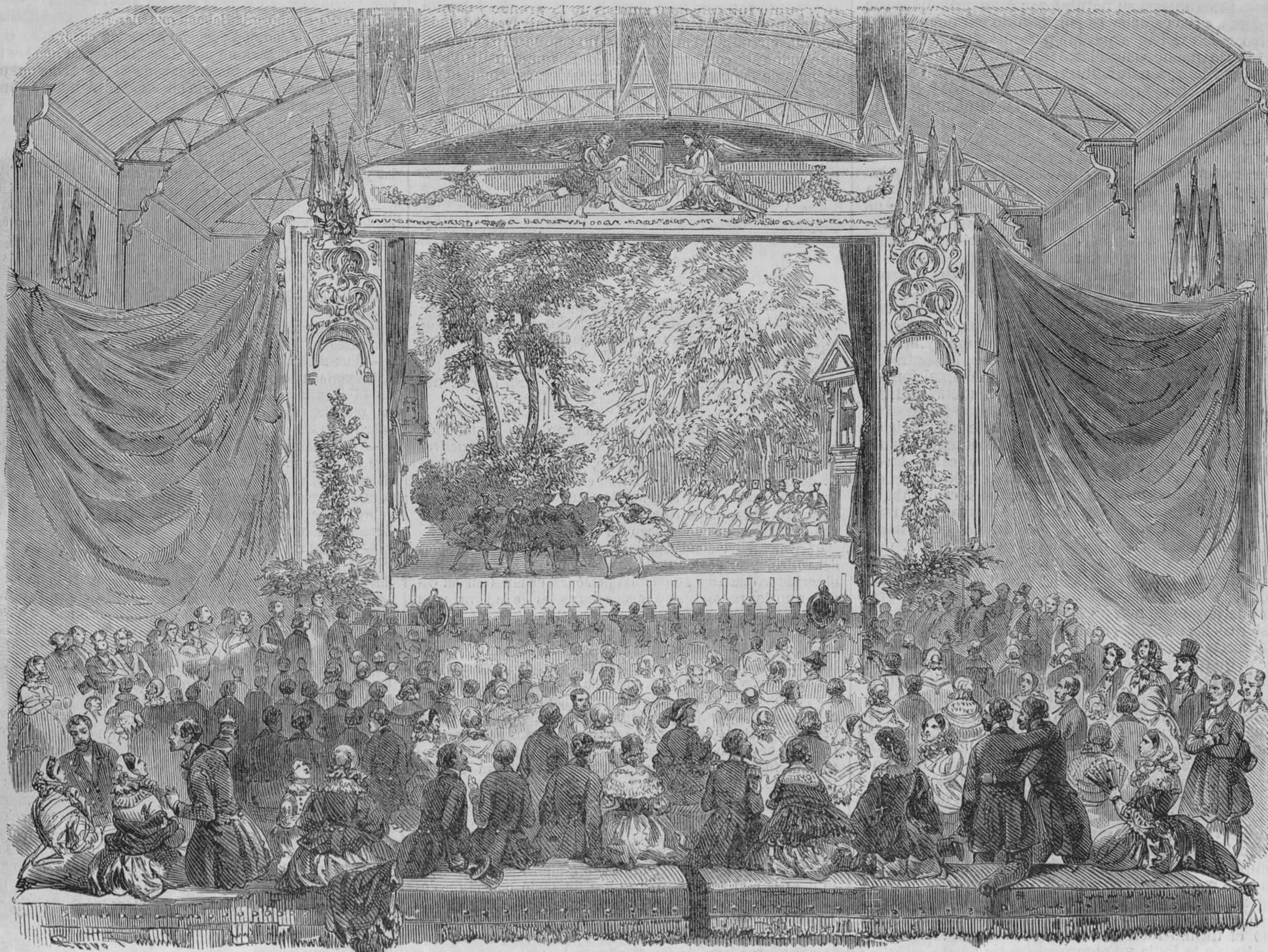
Estos magníficos productos fabricados en Caen están tasados en 50,000 francos, y este precio no parecerá exorbitante si se considera el mérito artístico que demuestra el dibujo.

**El teatro**

DEL EMBARCADERO EN CHERBURGO.

La compañía de los ferrocarriles del Oeste ha hecho cuanto ha podido, como hemos dicho ya, por complacer á sus convidados; durante las fiestas tuvo á su disposición un vaporcillo á fin de que se pasearan por la rada, delicada atención que sirvió mucho para acortar las horas. Además, se improvisó un teatro, y las representaciones que se dieron en él alegraron mucho á la concurrencia. El embarcadero había conservado sus adornos de banderas y guirnaldas. Un vasto anfiteatro en gradería guarnecía el fondo. El teatro ocupaba la abertura del embarcadero, y la imaginación de los espectadores debió suplir al decorador. Allí donde había un bosque era preciso suponer una sala; la ventana estaba figurada por un banquillo.

Era difícil pensar en una función seria en tales con-



EL TEATRO IMPROVISADO EN EL EMBARCADERO DEL FERRO-CARRIL.

diciones, por manera que hubo que limitarse á piezas del género grotesco. Madame Doche trabajó con el primer que la distingue en un vaudeville alegre, y en la segunda representación leyó una cantata de M. Belmontet, que fué muy aplaudida.

Las jóvenes bailarinas del Pré Catelan ejecutaron un baile de poca invención; pero si la gracia puede reemplazar al ingenio, no hay duda que las personas más delicadas debieron quedar satisfechas. Debureau hizo reír grandemente en una de sus pantomimas, y por último la Plunket, artista de la Opera, desplegó en un bolero á cuatro todas las gracias de una sevillana legítima.

En cada una de estas funciones se echaba un guante entre los convidados á beneficio de los pobres de Cherbúrgo.

## FILOSOFIA.

### DEL DERECHO.

(Véase el número 292.)

#### II.

Solucion del problema de la certidumbre. — Escuela idealista. — Escuela sensualista. — Antinomia. — Série.

En todas las ciencias, pero principalmente en las que tienen por objeto el estudio del hombre y de la sociedad, reina durante el período filosófico una incertidumbre que es más grave y trascendental á medida que nos elevamos á sus principios ó hechos generales; nacen estas vacilaciones de la naturaleza de los métodos ó instrumentos dialécticos, que para su construcción empleamos, que como ya hemos indicado, no son radicalmente malos, sino solo incompletos, y no se remedian sus faltas usando alternativa ó simultáneamente los dos, en que se resuelven todos: el silogismo y la inducción, conservando sus caracteres propios no pueden en ningún caso producir la certidumbre: el problema lógico ha sido insoluble hasta que se ha aplicado á su resolución un nuevo y poderoso órgano.

La certidumbre consiste en que el conocimiento y el objeto sean adecuados, ó lo que es lo mismo, en la exacta correspondencia de la idea y la realidad; con los sistemas idealistas era imposible demostrar esta relación de identidad; la razón no se supone como simple facultad, sino como un ser que tiene sus leyes ó principios propios é inherentes á su naturaleza; estos principios son las ideas, cuyo carácter es por lo tanto puramente subjetivo, y su existencia y combinaciones, independientes de todo lo que no sean ellas, las determinaciones del *yo* son para la razón infalibles; pero pueden diferir del *no-yo*, pues entre estas dos esencias ningún vínculo ni relación existe: en vano supondremos que el *no-yo* (ó lo objetivo) es una creación del *yo*, porque esta hipótesis no resuelve la cuestión y está desmentida por la experiencia; todo lo más que puede afirmarse es, que el conocimiento es obra exclusiva de la razón con independencia de los objetos; pero estos existen por sí, y la intuición, la representación espiritual de ellos, aunque obra nuestra, será ó no conforme con la realidad. Tampoco no resuelve este dualismo, que ha sido el escollo de todos los filósofos, el suponer que el *yo* es igual al *no-yo*; la identidad absoluta es una hipótesis de gran interés en la historia de la ciencia, porque prepara ya muy inmediatamente la solución del gran problema, pero es falsa á todas luces; el *yo* y el *no-yo*, lo *subjetivo* y lo *objetivo*, el *espíritu* y la *materia*, la *idea* y el *fenómeno*, son correlativos pero no idénticos; al contrario, la relación que une estos términos es de oposición, de contradicción, y forman entre sí verdaderas antinomias.

Sería cosa tan curiosa como interesante la exposición de la doctrina idealista recorriendo velozmente sus diversos y más importantes sistemas, arrancando en su estudio desde Platón y Aristóteles, y llegando hasta Descartes y Kant, pero nos llevaría muy lejos este trabajo, que tal vez emprendamos en otra ocasión más oportuna, siquiera no sea más que con el fin de popularizar estos estudios tan abandonados en nuestro país, más que por fortuna van despertando la curiosidad de la juventud; pues si bien es cierto que las ciencias llamadas filosóficas han hecho en lo que va de siglo tales progresos que hoy no tienen más que un interés puramente histórico las doctrinas anteriores á Hegel; necesario es conocerlas para comprender con fidelidad la nueva escuela, que tiene en ellas sus antecedentes y punto de partida; cosa es esta en la actualidad sencillísima, porque poseyendo puntos de vista superiores y más comprensivos, la inteligencia y crítica de los antiguos sistemas se consiguen estudiándolos en *breves y compendiosas* exposiciones, y sometiendo á la dialéctica serial sus ideas capitales y sus métodos: para evitar digresiones, que si no inútiles, al menos no se relacionan íntimamente con nuestro objeto, exponeremos brevemente la solución, ó mejor dicho el planteamiento del problema de la certidumbre según los principios de la escuela sensualista, y en vista de los resultados diversos é incompletos de ambos nos elevaremos á la solución integral de la cuestión siguiendo las infalibles reglas de la lógica moderna.

El conocimiento es la sensación transformada, ha dicho el último filósofo notable de la escuela que inició Kapila en la India y Epicuro en Grecia; pero esta fórmula es una expresión vacía de sentido, porque nada

sabemos de esa transformación ni de la fuerza ó principio en cuya virtud se verifica; si es el alma, las dificultades de la escuela idealista reaparecen en el supuesto de que le señalemos como atributos propios la espiritualidad é indivisión que la hacen de naturaleza diversa y opuesta á la materia, que ocasiona las sensaciones, no siendo posible entonces relación é influencia de ningún género entre ambas esencias; si más lógicos suponemos que el hombre no es más que la evolución suprema de la materia, el problema presenta entonces nuevos géneros de dificultades, porque las impresiones orgánicas, producidas por los objetos exteriores, no podrían clasificarse; permanecerían entre sí independientes; es más, no dejarían sino por muy poco tiempo rastros en el organismo, permaneciendo solo la última ó más intensa, y como el carácter del conocimiento es la generalidad, y el movimiento orgánico que produce en nosotros la acción de los cuerpos en los sentidos es una cosa oscura é incomprensible, claro es que esta hipótesis no satisface las condiciones del problema de la certidumbre, y lo que es más, ni siquiera basta á explicar la formación de las ideas.

El fenómeno más persistente, la observación más fácil de hacer en todos los órdenes del universo, es su eterno y hasta el presente insoluble dualismo. La fuerza general que gobierna el universo físico, la atracción se descompone en dos contradictorias y opuestas, que cuando dan lugar á la gravitación universal, se denominan centrífuga y centrípeta; en los cuerpos que están bajo la inmediata jurisdicción de nuestros sentidos, la afinidad química tendiendo á continuas descomposiciones, y la cohesión ó atracción molecular oponiéndose y equilibrando esa fuerza dan origen á las formas actuales de la materia: el fluido eléctrico se divide en dos que se destruyen combinándose: el magnético se polariza; el sonido reproduce la vibración de los cuerpos, la vibración es la sucesión de dos movimientos opuestos, y se comunica por las ondulaciones del aire que tienen el mismo carácter: en los seres vivos los órganos son iguales y opuestos: la vida es una serie de momentos de energía y de postración, si no la muerte sería inexplicable; por último el mundo no se concibe sin la existencia del espíritu y la materia.

Este dualismo nace de que la *idea*, que es lo que unos han llamado la *sustancia*, otros la *causa* y otros el *ser absoluto*, en virtud de su fuerza propia, de su dialéctica, se manifiesta en dos momentos principales, que son el *ser* y el *no ser*, y procede de uno á otro por un número infinito de realizaciones que constituyen el universo y que llama la escuela el *acontecer* (el *divertir*), punto intermedio ó síntesis de la grande y capital antinomia: la *idea*, que es la esencia universal, dotada de una virtualidad absoluta es, no solo la capacidad en que todo está comprendido, sino lo que constituye la esencia de las cosas y puede considerarse como lo *general*; limitada por el *no-ser* que la determina é individualizada de infinito número de modos, constituye la inmensa variedad de la creación, en la que es por consiguiente cada objeto ó fenómeno la *idea* limitada por una negación. Lo *general* unido á lo *particular* constituyendo lo *individual*; I=G. P.

(Se concluirá.)

A. M. FABIE.

### Revista de la moda.

SUMARIO. — Verdades dirigidas á las mujeres por M. de Doncourt. — Opinión de Mme E. de Girardin sobre los vestidos y adornos de las señoras. — Un traje demasiado sencillo. — Novedades de otoño. — Las telas á la moda. — Un sobre todo Lovelace. — Adornos de flores. — Manteletas del día. Vestidos de organdi. — Descripción del figurin de este número que representa trajes copiados en Cherbúrgo.

Tengo á la vista un librito muy ameno bajo el punto de vista de la crítica, acerca de la excentricidad de nuestras modas. Se titula la *Verité aux femmes*, y es su autor el caballero A. de Doncourt. En esta obra se encuentran cosas que son exactas y otras que no lo son; se ve un empeño en hacernos la guerra. Me detengo en el capítulo que se titula: Los adornos hablan, en el que se leen las líneas siguientes:

«Lavater adivinaba las pasiones del corazón en las arrugas del rostro, y el doctor Gall en los bultos de la cabeza. Hay observador que supone que las personas demuestran su carácter en los rasgos más ó menos correctos de la letra, y un hombre ilustre ha dicho: «el estilo es el hombre.» Sin querer contestar ninguna de estas observaciones, conocemos nosotros un medio más infalible de juzgar del corazón y el entendimiento de las mujeres, y este medio consiste en analizar sus vestidos, y este medio nos ha sido revelado por una mujer.

» Por una sola ojeada sobre el prendido de una mujer, dice el autor de las «*Cartas parisienses*» (Mme E. de Girardin), se descubre cuáles son sus gustos, su carácter, sus maneras, sus pretensiones y sus sentimientos. Desde el sombrero hasta los zapatos todo habla, sin que la fortuna ó la pobreza cambien nada en esto. La papalina de la obrera dice todos sus pensamientos, así como el turbante de la duquesa declara todos sus proyectos. La mirada miente, la sonrisa es pérfida, el adorno no engaña jamás. Hay adornos humildes llenos de orgullo y adornos ricos llenos de modestia. Esto merece explicación. El adorno humilde puede ser orgulloso á fuerza de sencillez, si lo lleva la mujer de un millonario; en tanto que el otro es modesto llevado por la señora de un empleado subalterno que quiere presentarse con decoro en casa de la señora de su jefe.

» El adorno humilde me dice lo siguiente:

» Tengo un millón de renta, el palacio más hermoso y los

mejores caballos de París; mis diamantes han producido su efecto, todo el mundo conoce mis pedrerías; la otra noche llevé un vestido de encaje que causó admiración á todas las mujeres; hoy quiero probar que puedo producir mucho efecto en un salón sin esas maravillas.

» El adorno costoso declara que la que le lleva se ha impuesto grandes privaciones por hacer honor á su marido.»

Si he citado este pasaje de la obra de M. de Doncourt, es porque opino lo mismo que Mme E. de Girardin. Hay prendidos que á fuerza de sencillez son insolentes, y en prueba, hé aquí este ejemplo: cierta señora al saber que iba á encontrarse en un baile con todas las reinas de la moda, se puso un simple vestido blanco de muselina bordada. Este traje que habria pasado desapercibido si se hubiera parecido á todos los demás, fué muy notado; los hombres dijeron que era precioso, y las mujeres por el contrario le hallaron insolente y ridículo.

Ahora vamos á tratar de novedades de otoño. La fabricación lionesa ha hecho maravillas para las estaciones de otoño y de invierno. Hé aquí la enumeración de algunos vestidos:

— Un vestido *Magicienne* muy artístico representando anchas columnas de fondo blanco sobre fondo azul celeste de gró de Tours. En el fondo azul serpentea una guirnalda de terciopelo rizado y de terciopelo liso. En el interior de la columna sobre el fondo blanco se ve un ramillete de terciopelo miniatura Pompadour. Las columnas están separadas por una galería á terciopelo epinglé blanco orladas de hojitas en miniatura verde y blanco.

— Un vestido Pompadour moldavo sobre fondo de raso color de castaña con ramitos de flores.

— Otro en el mismo estilo, fondo de color y con florecillas.

— Un vestido *Valot de trefle*, fondo bazinikoff, fondo pensamiento nuevo, ilustrado de *trefles* (tréboles).

— Un vestido *Sacountala*, fondo lila emperatriz con dos grandes volantes formando doble falda, enriquecidos con motivos artísticos de bordado blanco y lila, representando la fuente de Apolo en el palacio de Versalles.

— Un vestido Archiduquesa de terciopelo color de castaña, ilustrado con dibujos blancos sembrados artísticamente.

— Un vestido terciopelo morisco fondo gró de Tours con un listón de terciopelo epinglé sembrado de florecillas de terciopelo que suben en relieve.

— Un vestido flor Margarita compuesto de bandas alternadas pekin y terciopelo otomano.

— Un vestido terciopelo de Malta color de castaña con anchos cuadros ilustrados de crucecitas de Malta.

Esas son las primeras telas que se han visto, y ellas darán una idea del género y de la rica sencillez de las novedades del invierno.

Las manteletas son prendas anchas y flotantes, medio alboroz, medio capa. Hé aquí el modelo más elegante:

Un *Lovelace* paño gris Habana que describe una especie de capa sobretodo con una pequeña esclavina cuadrada y rizada con cinta. Esta prenda no puede describirse; su nombre indica su gracia: es para una mujer coqueta y elegante que quiere hacer valer su talle ocultándole á medias.

En cuanto á los adornos de flores que el otoño dedica á los prendidos de baile, citaremos algunos de los más escogidos.

— Una guirnalda Watteau de cactus color de rosa representando un lazo de verdura en lo alto de la cabeza, con hojas y yerbas á la derecha formando pluma caída sobre el hombro y dos cactus color de rosa con botones á la izquierda.

— Una guirnalda de Czarina formando sobre la frente una diadema de semillas encarnadas con flores y semillas á los lados.

— Una guirnalda Alejandra con un bandó de semillas negras reteniendo á la izquierda un lazo de ramitas de semillas con yerbas verdes y racimitas negras, en tanto que á la izquierda se abre una gruesa amapola.

— Una guirnalda Mignon de miosotis prendida por detrás con rosas té.

— Una guirnalda Indiana de jazmín de Virginia redonda con hojas variadas de colores.

— Una guirnalda Diana de flores de tabaco blanco con musgo, que describe dos medias lunas de flores reunidas en punta sobre la frente con hojitas muy ligeras.

— Una guirnalda Moscovita de forma redonda reproducida con follaje natural y follaje de terciopelo verde, con grandes hojas de perlas blancas y filigrana de oro á la izquierda y una rosa de terciopelo verde en lo más alto. Cae por la derecha sobre el cuello acompañada de hojas de perlas blancas y de filigranas de oro.

— Una guirnalda Emperatriz con hermosas rosas por un lado, y por el otro follaje y bolitas verdes y blancas. El ramillete de cintura representa un grupo de rosas con las mismas bolitas. En las mangas otros dos ramos diminutos. Para la falda un broche á la derecha colocado un poco alto, y otro á la izquierda colocado más abajo. Estos dos broches van reunidos entre sí por un largo cordón de hojas y de botones.

Mientras me llegan otras noticias oficiales de la moda, voy á señalar algunos vestidos que las parisienses llevan en los baños de mar.

— Un *Cabourg* de paño ligero rayado blanco y malva orlado con un rulé de terciopelo negro y rizado de terciopelo negro. También se hace de terciopelo castaño, azul y verde.

— Una *Bretonne* de cachemira con rayas blancas y negras orladas de terciopelo negro y de un rizado de cachemira purpúreo.

— Un vestido de organdi con rosetas bordadas color de malva imitando un lacito Watteau que sostiene una margarita blanca bordada. Este vestido tiene dos grandes volantes fruncidos guarnecidos cada uno con un rizado alto y con una puntilla de guipure nieve. Cuerpo con cinturón de cinta malva escotado á la Dubarry, con rizado al rededor y mangas con dos volantes.

— Un vestido de muselina fondo blanco con dibujos azul de China y dos pequeños volantes con puntilla de Valenciennes. Cuerpo escotado con cinturón de hebilla de oro y de turque-

sas. Fichu cazu que remata en punta por delante y por detrás se prende en el cinturón. Mangas rizadas con dos pequeños volantes.

— Un vestido de organdi sembrado con una lluvia de almendras color de violeta y un gran volante fruncido á la Luis XV, que forma la primera falda; la segunda va dispuesta en túnica. El volante y la túnica llevan por adorno un pequeño falbalá Luis XV dispuesto en volante con un rizado encima señalado por un terciopelo violeta. El cuerpo escotado lleva una orla de Valenciennes y un terciopelo violeta. El fichu María Antonieta escotado ligeramente lleva un falbalá en armonía con el falbalá de la falda. Por cinturón cinta rayada blanca y violeta (la cinta á la moda). Mangas afolladas y anchas fruncidas en el puño con jockey de muselina y un falbalá que cae sobre lo alto de la manga.

Concluyo con la descripción de nuestro figurín que representa bonitos trajes copiados en las fiestas de Cherburgo.

El primero es de color de rosa. Se compone de un vestido de tafetan de siete volantes, de los cuales el último forma baquína en torno del talle. Cuerpo escotado con fichu de encaje rayado de listas de terciopelo negro. Por detrás lazo de terciopelo negro con largas puntas flotantes que caen como un cinturón de pequeña pasamanería. Dos lazos de terciopelo negro forman el fichu.

Tocado de follaje y de perlas de oro sembradas en el tocado. Abanico Watteau. Brazaletes de oro con medallas de pelo; zapatos de tafetan color de rosa con afollados de cinta.

El segundo traje es de tul de doble falda con florecillas bordadas. La primera falda que lleva un ancho rizado, se abre por los lados y se levanta á la Pompadour. Mangas á la Magicienne. Cuerpo fruncido y escotado con tirantes de cinta azul que se cruzan por un solo lado y caen en dos largas puntas. Collar de diamantes montados en oro. Fondo ninfa, de forma redonda, de rosas blancas sin hojas verdes. Abanico de Duvékeroy. Brazaletes ricos ilustrados con diamantes.

El tercer traje es de gasa color verde con tres faldas adornadas de lazos de gasa que recorren las faldas en ondas vaporosas. Cuerpo escotado con drapería de gasa y guarnición de fleco. Tocado de rosas separadas con lazos de verdura.

El cuarto traje es de gasa color de malva sobre transparente de seda malva, con volantes de encaje negro. Albornoz de encaje negro con un capuchón fruncido. Tocado de follaje con largas cintas y cuentecillas encarnadas. Aderezo de coral.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

## FRAGMENTOS DE UN VIAJE.

### MILAN.

La Lombardia es una de las comarcas mas hermosas de la Italia: los Alpes tienen un aspecto menos salvaje aquí que en otra parte; el Adda y el Tesino van serpeneando en la llanura; los lagos reflejan en su seno las nieves de los montes y los naranjos de los valles. Cien y cien pueblos á cuál mas grande y mas antiguo se suceden los unos tras los otros, y el viajero no lanza en vano su mirada en torno suyo: un blanco muro que se eleva al borde de algun rio, una aguda torrecilla cuya veleta resplandece á la distancia, nos dicen que no vamos caminando por medio de un desierto.

En nuestros días no tienen fama esas magníficas ciudades de la edad media, y sus nombres mismos son casi ignorados para muchos. Florencia, Nápoles y Roma son de tal manera grandes, que á su lado los demás pueblos de la Italia se oscurecen y se esconden, no teniendo que decir al viajero cosas tan inmortales como aquellas. No dejan sin embargo de causar cierto interés los viejos muros de Vicencio, de donde no se han borrado todavía las huellas de Alarico, y en donde los soldados de Atila han dejado escritos sus terribles nombres.

No interrumpe su jornada el caminante, y es mucho si se digna echar una mirada á sus costados: nadie le ha dicho sin embargo que no entrase á descansar bajo los árboles de Brescia, ni que sus numerosas fuentes no mitigaran su fatiga. Julio César la encontró bastante grande, pues que sus habitantes fueron inscritos en una de las principales tribus de Roma, y no fué sino á las orillas de su extendido lago que andaba suspirando el amoroso Cátulo.

¿Y esa Verona melancólica y adusta? En vano se escapa de su monte el bullicioso Adige y viene á acariciar alegremente sus murallas: él corre por un lado y se revuelve, forma un recodo y despues otro, y siempre murmurando en torno de ella parece querer arrancarle una sonrisa; la antigua reina de la Italia se mantiene siempre triste, porque se acuerda siempre de su esplendor pasado, y porque nunca deja de pensar en su condición presente. Bien quisiera yo trasportarme á aquellos tiempos para ser un convidado á los festines de aquel hombre misterioso, de aquel terrible Can que se llamaba el Grande. Tal vez en esa córte hay algo de sombrío, porque es cierto que tambien el Dante venia á sentarse en los sillones del palacio saliendo de su salvaje y triste Gargagnano: esa sombra tenebrosa que acababa de hacer su excursión á los infiernos, debia causar mucho recelo; pero justamente no es por otra cosa que yo ambicionara introducirme en esa sociedad augusta.

Hubo un tiempo en que Verona fué la capital del reino de la Italia: Carlomagno hizo de ella la morada de sus descendientes; una brillante córte se entretenia en sus palacios; el pueblo vivia alegremente con sus reyes. Pero Ezzelino ha dejado tambien memorias espantosas; su nombre y el de los Scaljeros son los tristes recuerdos de Verona. Esas torres que de trecho en trecho se levantan sobre sus murallas; esos bastiones, esos palacios, esas Arenas, no son mas que restos de la prepon-

derancia antigua de la ciudad mas triste y mas oscura en nuestros días.

No te detengas, viajero, si viniste solamente por cambiar el teatro de tus gozos. Dicen que Padua es tan antigua como Troya, y que Antenor vino á fundarla saliendo de entre las cenizas de su pueblo destruido; ¿son estas cosas que te importan? Aquí no hay espectáculos, no hay músicas, no hay danzas; el camino de Paris está por otro lado.

Y pues que ya me encuentro á las puertas de Venecia me vuelvo sobre mi camino: ya fué bastante larga mi visita, y si vuelvo á entrar en ella, temo quedarme apasionado por la vida. Veré rápidamente los muros bergamesos, y echando una mirada á las curiosidades de la antigua Etruria, quiero ir á reposarme á la sombra de los bosques de Milan.

La primavera empieza ya á vestir los árboles, el suelo se cubre de verdura. Al pié de mi ventana hay un sauce que se eleva hasta que yo pueda tocarle con la mano. en torno suyo se agrupan varios mirtos y naranjos, entre los cuales van serpeneando las venas de la parra. Cuando las hojas se secan, las aves no tuvieron sombra para formar sus nidos, y se fueron no sé adónde; pero ya que el tiempo vuelve, comienzan tambien á volver ellas. Cuando alzo mi cortina para ver cómo aparece el sol tras la mas alta y mas nevada cumbre de los Alpes, encuentro siempre el bullicioso mirlo que me despierta en la mañana: al verme se sorprende, salta á un árbol, despues á otro, y va á esconderse bajo la hoja la mas ancha del viñedo; mas yo que le sigo con la vista, descubro su ala cenicienta por entre el mal entretejido de las ramas, y arrancando un capullo del rosal que crece en mis balcones, le acometo y le lanzo mi oloroso proyectil; pero el golpe fué inseguro, mi presa subió de un salto á la mas alta rama, cantó su triunfo en un acento rápido, y fué á refugiarse en el cercado del vecino.

¿O sol! ¿no es necesario tanta pompa para deslumbrar mi vista! Poco antes pude gozarme en el magnífico espectáculo, porque la nieve de la montaña no brillaba todavía; mas ¿porqué estoy obligado á volver mis ojos al Poniente? Ese no es algun misterio, mas tan solo aquella luz es muy viva para mí. El alba y el crepúsculo son las horas que mas amo; nada me impide entonces tornar mi frente á donde quiera, y lanzar orgulosamente mi mirada mas allá del horizonte. Por eso es que siempre me adelanto al día: cuando el primer rayo viene á teñir las nubes del Oriente, ya me encuentra parado sobre alguna altura. Me agrada esa luz tierna, esos contornos de los montes, esos colores vagos, ese silencio de la aurora. El corazon no está triste entonces; parece que tras ese jaspeado de blancas y doradas nubes vamos á descubrir alguna sombra amada. La luz es la esperanza para todos.

Las horas matinales son tan frescas, y tan puras son las áuras que descienden del collado! El ánimo está alegre, el cuerpo está ligero: si se estudia hay mas memoria; si se piensa hay mas talento. Es verdad que las penas se mitigan en esta hora, y yo creo que la ausencia del dolor es un verdadero mal para el hombre; pero en fin, si este corazon tiene tantos siglos para sufrir, que tenga á lo menos un momento para descansar.

Yo sé mil de estos misterios: —

En la noche, velando entre las sombras, con el corazon oprimido, con el espíritu inquieto, con la cabeza vacilante: la imaginación llena de tristes concepciones, el alma llena de deseos tristes: ni pasado, ni presente, ni porvenir: vehemencia sin objeto, amor sin esperanza: suspiros, palidez y llanto. Pasó la noche: el curso de la luna por el cielo nos hizo dormir quizás bajo influencias menos tristes. Las aves cantan en las ramas, las nubes se coloran, el sol va á presentarse tras la cima de aquel monte: ¿es posible que el hombre esté triste alguna vez? El corazon palpita lleno de esperanzas, nuestra felicidad está á dos pasos: ¡qué memorias tan dichosas! ¡qué risueñas pretensiones! Es verdad que se lanza algun suspiro, pero es para mandarlo envuelto entre las brisas matinales, allá donde será recibido ansiosamente....

En avanzada noche habrá tal vez alguno visto como una brillante estrella se arranca de su puesto y pasa raudamente á sumergirse en una region oscura: ¿eh bien! la alegría de mi corazon es mas fugaz que ese meteoro.

Todos saben que las cosas no son duraderas en el mundo, pero nadie podria decirme que el dolor no tiene larga vida. Los compañeros, los amigos son ingratos casi siempre; pero á él no le gusta abandonarnos, y si alguna vez se ausenta, se vuelve mas solícito á nosotros. Eh bien, sombrío huésped, tu sociedad me agrada, y pues que me enseñas tantas cosas, puedes hacerme compañía tanto tiempo como quieras.

Mas ¿porqué es esta tendencia á buscar palabras tristes? Su sentido no es muy fácil para todos, y son raros y muy raros los que gusten de entenderlas. Así fué como una tarde, paseando á las orillas del canal mas solitario de Venecia, percibí un concierto melancólico que sonaba no sé en donde: eran dos arpas y dos voces, tan bien acompañadas y tan tristes, que era muy fácil ver por ello que el dolor las manejaba. Vino un hombre, y al oirlas alzó apenas la cabeza, pero no detuvo el paso; vino otro hombre, y pasó como si nada hubiera oido; otro vino, y este no hizo mas atención que los primeros. Entre tanto yo sufría, y estaba como buscando algun acceso á esa morada misteriosa, para ver si era posible algun consuelo á esos tristes corazones.

Quiero decir, que si el hombre se goza alguna vez en la alegría de otro, casi nunca se entristece con sus pe-

nas; ¿para qué pues hablarle de ellas? Pero yo soy como el arroyo que se desliza suspirando por su cauce conocido; si se quiere que vaya de otro lado, preciso es ponerle un dique que detenga su corriente. Un esfuerzo de mi parte misma podria tambien quizás serme bastante. Yo sé que todo va mezclado en esta vida: quien no quiere variar nunca, no tenga pretensiones. Hay un lenguaje triste que es agradable al que lo expresa; pero no todos se encuentran en el mismo estado, y ni lo entienden ni lo estiman. Y como por otra parte yo no estoy aquí para hacer mis confidencias, quiero contar lo que he visto en mi viaje, quiero decir alguna cosa que interese mas que mis secretos. Y me sostendré en mi idea de tal modo, que hasta seré capaz de referir algunos de los curiosos lances que me pasan cada día en medio mismo de la existencia tan huraña y retraida que ordinariamente llevo. Si puedo salir bien alguna vez por este lado, no sé; yo no lo creo; pero es cierto que á mis solas no dejo de reirme grandemente acordándome de alguna de esas cosas... y en tanto que espero las lágrimas y el silencio de la noche.

Nos hallamos en Milan, y es de mañana. Las campanas del Gran Domo se agitan sobre las pirámides, la bandera imperial ondea en las alturas, una banda de pistones está rugiendo gravemente en el pórtico del templo. Es un solemne día, la fiesta mas solemne está por celebrarse. Desde luego he paseado mis miradas por las inmensas bóvedas, y nunca he podido calcular una medida á sus contornos. ¡Qué espacio! ¡qué recinto! ¡qué misterio! Han sostenido muchos que el Domo de Milan es la mas grande maravilla de estos tiempos: verdad es que llena de admiración y de respeto cuando se le mira; pero yo nada diré de él hasta no haberlo visto á la hora del crepúsculo, entre el silencio de las naves, la cera moribunda de algun altar oculto, y un anciano desgraciado que llora silenciosamente al pié de un crucifijo. Esos rayos de luz verdusca ó amarilla que penetrando por los pintados vidrios se desliza por el oscuro espacio; esas columnas pálidas é inmensas, esas estatuas abatidas con la melena cayendo sobre el rostro, deben causar algun efecto extraño, allá cuando la luna nos traiga su silencio y su tristeza. Yo espero esas impresiones así como se espera alguna triste prueba, así como se espera una noticia dolorosa. Ahora hay grandes aparatos, hay música sonora, hay gente demasiada: no son estas cosas que me hacen sentir ni que me inspiran.

Me he puesto al frente de una colosal estatua, y estoy viendo pasar un obispo y otro obispo, á cual mas gordo y colorado. Tres heraldos de librea encendieron tres ciriales, y tras ellos marcha una agrupada tropa de cerquillos y tonsuras: cien prevendas medio ocultas en un ropon inmenso, y un batallón de capellanes con el bonete militarmente inclinado hácia la oreja, pasan los unos tras los otros, mas bravos que si fueran á la guerra; sin embargo, parece que muchos de ellos tienen que luchar con una porfiada risa, porque con frecuencia llevan á la cara su pañuelo, ó tosen y estornudan sin que llegue el caso: sus operaciones les divierten á ellos mismos; á lo menos, así lo dejan sospechar. ¿Pero adónde fué la augusta tropa? Por allá se entretuvieron echando bendiciones, caracolearon á derecha é izquierda, y se volvieron á sus puestos blandiendo sus asperjes.

¿Qué significan estas cosas en el templo del Señor? Una música apagada, un canto melancólico, una oscuridad y un silencio... fueran la solemnidad mas digna en un teatro como aqueste: en él no deben verse escenas de riqueza, de risa ni de orgullo, ¡oh no! A mí me gusta elevarme sobre todas estas cosas... En prueba de ello, pueden verme ya medio perdido entre este bosque de pirámides y flechas que se levantan sobre el Domo. He subido cien escalas; me encuentro en medio de un Augusto pueblo de arcángeles y santos: mil y mil estatuas se reparten en esta especie de ciudad aérea, y hasta los héroes tienen ahí su puesto; si, fué Bonaparte el que ví alzarse sobre una aguda flecha; dos ángeles le custodian á los lados, y él está lanzando una mirada incomprensible mas allá de los espacios.

Yo nunca me canso de subir: heme sobre la pirámide mas alta contemplando el inmenso panorama. La llanura de la Lombardia se presenta en toda su extensión con sus bosques y sus lagos; los Alpes coronados de una blanca nieve están brillando á la distancia; la ciudad se extiende en torno mio; los hombres no son mas grandes que un insecto. Pero el norte es mas frio é impetuoso en las alturas; los lagos y los rios resplandecen y deslumbran mi fatigada vista: preciso es que ya descienda.

No será esta la única vez que diga alguna cosa sobre este magnífico monumento, sobre esta montaña de mármol y de ricas piedras que guarda tantos y tantos objetos de perfección y de valía.

Pero ya que he descendido, preciso es que tome algun camino. Si en Milan hubiera ruinas, no me dirigiera hácia otra parte: me gustan esos arcos cenicientos que en Nápoles y Roma iba encontrando á cada paso, y ninguna sombra me parece mas fresca y agradable que la que me han dado esas ancianas bóvedas. Un ave solitaria que canta medio oculta detrás de la cornisa, la violeta que ha nacido entre las grietas, el rayo de luz que cuele por la abertura de las piedras, el verde musgo, la soledad y el silencio; todo forma un conjunto tan triste y tan simpático, que uno se acostumbra fácilmente á esas visitas silenciosas, á esas excursiones que uno emprende á los contornos de las grandes ciudades de otros tiempos. Es verdad que aquí tambien

madrugo siempre, pero no es para remontarme á la Sabinia preguntando á los pastores por los escombros de la casa de ese antiguo Horacio, ni para ir galopando en mi caballo negro por las llanuras de Pouzsoles hasta dar con las columnas de Serapis. Aquí todo es moderno: la ciudad tiene un cierto aire de juventud y de frescura; sus paredes no han sido ennegrecidas por los años; sus árboles no ostentan un grueso y carcomido tronco. Atila mandó que fuese destruida, sus soldados obedecieron inmediatamente; ¡crueles! y la destruyeron de tal modo, que apenas sería posible dar con un vestigio de sus antiguos templos. Por su parte, Federico Barbaroja vino también con sus falanjes, y fué en vano que la ciudad de la llanura quisiese contenerlo: cien veces bajó de sus montañas blandiendo una encendida mecha, y cien veces trajo á Milan el incendio, la sangre y las ruinas! Las historias de los pueblos son todas de guerras y desastres; ¿pero habrá alguno que tenga que llorar mas calamidades que este? Los güelfos y los gibelinos aquí tuvieron su principal teatro: emperadores de Alemania y pontífices de Roma, cada cuales ansiaban mas y mas la valiosa presa, y todos la despedazaban por su lado. Luego hay que contar también con esas familias infernales, que cada una queria hacer de su casa una dinastía, y para esto no hesitaba en los medios mas infames. ¡Los Torreani, los Sforza, los Visconti, nombres de infeliz memoria que inspiran miedo á la posteridad! Y sobre todo los asesinatos de los últimos, sus filtros y venenos, sus astucias y perfidias, sus engaños y traiciones les han dado una celebridad terrible.

Pasando de mano en mano, de una época en otra época, viene por fin Milan á creerse libre por un momento. No la sigamos en sus guerras de la *liga lombarda* ni de la *santa liga*; pasemos por los tiempos de Juan Galeas y de Luis el Moro, porque esas son cosas muy largas de contarse; pero vengamos á encontrarle ya casi en nuestros tiempos bajo una apariencia de libertad y buena suerte. El Campo-Formio es para ella de una feliz memoria; pero ¡qué memoria de dicha tan fugaz! La república cisalpina duró lo que dura siempre la libertad que conceden los tiranos, y no es mucho que desde entonces se mire flotar en las alturas el orgulloso pabellon del Austria.

Si... ¡yo lo diré quizás alguna vez! Pero necesito un grande espacio para indignarme contra las cadenas de este hermoso pueblo. Yo sé mil y mil cosas sobre aquella córte pérfida: su política es antipática para todos, y para mí no habria términos bastantes con que decir cuanto de malo puede decirse de ella. Si aquel inocente

pájaro del ala blanca y la voz dulce se viera entre las garras del asqueroso cuervo, ¿quién no se sentiría lleno de lástima y de indignación? Cuando me acuerdo que estoy andando por estos desgraciados países, me acuerdo al mismo tiempo de las anchas y libres regiones de la América. Antes de haber salido de ella, noso-

bia usurpado los dominios de otro monarca menos fuerte. Ser el libertador de un pueblo es un destino muy glorioso; pero ser el regenerador de los perdidos sentimientos, es mas glorioso todavía. Las fuerzas de muchos individuos son superiores á las de uno; ¿porqué pues se contentan con estar gimiendo ocultamente?

Esas lágrimas son las únicas que yo desprecio. Mas si principio con esta clase de discursos, seré mas largo de lo que puedo serlo ahora. La Italia tiene para mí muchos aspectos: bajo los unos es hermosa, bajo los otros es odiosa; pero el último resultado es que yo la amo, y que alguna vez escribiré sobre ella.

Cuando he vuelto de mis largas excursiones me siento fatigado, y en tanto que descanso puedo apenas trazar estos borrones. No habiéndome sido imposible, yo habria hecho un viaje agradable y provechoso; pero en tan medidas circunstancias, mayor ha sido la fatiga que otra cosa. Bien es verdad que mis goces son de tal manera que yo puedo encontrarlos en donde otro no los halla; pero es también verdad que para ir por el desierto las caravanas se aseguran de las providencias necesarias; si se les agota en el camino, se miran

contrariadas, porque ni los hermitaños de Tebaida han llegado á nuestros dias. De ahí es que no pueden reposarse largo tiempo en los oasis, ni pueden detenerse á ver cómo se esconde el sol tras la lejana cordillera.

Pero según me acuerdo de lo que estaba hablando, he torcido insensiblemente mi discurso. Dije que en Milan no habia ruinas; y al bajar del alto Domo no supe con qué rumbo debía dirigirme. Aquí no hay grandes cosas que atraigan la atención del viajero. Nuestros pasos no retumban cada dia en los mármoles de otro grandioso peristilo, ni estamos andando confundidos por esos palacios llenos de antigüedades y riquezas. El museo mismo vale poco, y lo ví con cierta compasión al acordarme de las Pinacotecas de Roma y de Florencia. De cuando en cuando se encuentra por las anchas calles un palacio de la fachada colorada, entre el lujo de cuyos interiores habita acaso la alegría... Pero no puede verse de ellos mas que las fuentes y los árboles, porque sus dueños egoistas temen que el extranjero vaya á meter la inquietud en sus hogares... contando historias y bellezas de su patria...

Pero es un gusto andar por estas anchas y limpias avenidas, encontrando á cada paso una figura esvelta que arrastra un largo traje oscuro, y pasa majestuosamente haciendo brillar detrás del velo los ojos mas grandes y mas negros de la tierra: es cierto que ellos me agradan solamente por los recuerdos que me traen; porque aunque todos digan que en Italia están las mujeres mas hermosas, yo hasta ahora no he visto alguna que pudiera ambicionar sino el segundo puesto... La primera está muy lejos, y ella sabe muy bien que es cierto lo que digo. — Luego se va á las alamedas, se invaden los jardines, y se escucha la música que suena en torno de una fuente cuando el sol ya va á ponerse. Si no hay aquí cosas antiguas, ni el arte tiene grandes obras, la naturaleza es bella y de un aire tan simpático, que de ningún modo puede uno arrepentirse de haber venido acá. En cuanto á mí, yo tengo muchas cosas que me dejarán recuerdos; tal vez las contaré algun dia. Pero esa excursión al lago Como, esa navegacion casi mitológica, viendo dorados peces á mis plantas y cogiendo azahares en la márgen, es demasiado hermosa, y voy á guardarla en mi memoria, así como se guarda la rosada almendra para echar por ella cuando esté suave y derramando azucaradas gotas.

Y á todo esto, he dado apenas una idea de Milan; y no siéndome posible ser mas detallado, quede para tiempo mas propicio el contar mis impresiones de la Lombardia. Por ahora, prosigo mi viaje, y si ha habido algun amigo que me siga hasta este punto, espere los recuerdos que le mandaré del Piamonte.

JUAN MONTALVO.

Milan, 30 de marzo 1858.

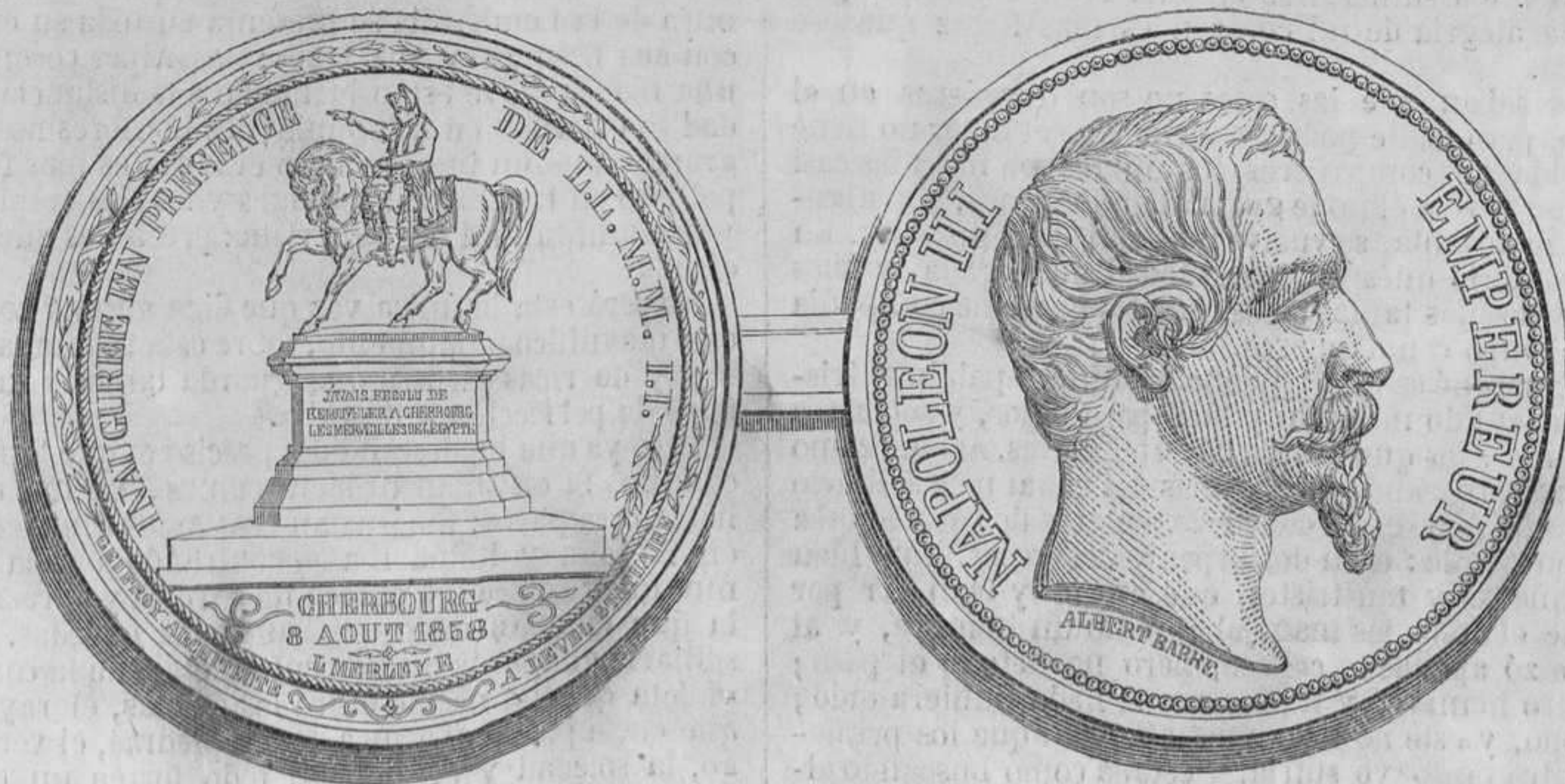


EL GRAN DOMO DE MILAN.

tros también nos quejamos de no sé qué ilusoria tiranía. Es verdad que algun soldado va arrastrando orgullosamente su largo sable por las gradas del palacio; pero bien saben los ambiciosos que sus límites están prescritos...

Cuando á la hora del crepúsculo emprendo mi paseo á la colina, no pienso en otra cosa que en esas nubecillas que van errando por el cielo: mis recuerdos son amantes, mis ambiciones no salen de una cierta esfera... Entonces me parece que soy indiferente á las glorias y las penas de los pueblos, y que nunca podré decir una palabra sobre su política ó su suerte. Pero en los momentos reales de mi vida, si veo una nación entera prosternada ante un solo hombre y obedeciendo á sus caprichos, mi entusiasmo se despierta de repente, y siento rodar en mi cabeza mil y mil ideas de justicia...

Me gusta entretenerme con las flores del cercado, y cuando subo á alguna altura, siempre tomo la rama la mas verde del olivo: mezclo mi voz al viento de la tarde repitiendo algun verso enamorado, y me lanzo por el llano tras el inquieto potro blandiendo mi símbolo de paz. Pero hay momentos en que mi corazón es una hoguera: no ansío otra cosa que una lanza y un escudo, y corro á mezclarme entre los torbellinos de esa revolucion sublime... Así corrían por las faldas de Inistona los soldados poéticos de Osian en busca de algun tirano misterioso que tenia cautiva alguna vírgen, ó que ha-



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LAS FIESTAS DE CHERBURGO